

Seguridad

La tienen -y podría garantizarse- las narraciones de esta obra y en lo que se refiere al presente siglo proceden de la observación directa y no de informaciones librescas de copio, copias, copiare.

No digamos que eso sea mucho mérito, pero Azorín lo proclamó así y les auguró por ello perenne lozanía, pues los libros y los documentos no suplirán jamás la visión personal, incluso del pequeño detalle que impresiona la mirada o la mente y pasados los tiempos brota para revivir una escena o una época, gracias a aquel ojo clínico, porque clínico ha de conceptuarse, es decir, penetrante, minucioso y riguroso, el que lo percibió y sintió el noble empeño de transmitirlo a la posteridad.

Hay en esta obra muchas estampas que a uno le cuesta trabajo creer que puedan olvidarse y bastantes retratos de personas, revalorizados con descripciones literarias, que no tienen más remedio que perdurar para honra de la Villa cuyas esencias resurgirán siempre salvadas de las hecatombes de todas clases y ahora, que vuelve la barca a zozobrar batida por las aguas procelosas, ¡ojalá! sirva para hacer meditar a las personas y que recuerden, para contener su volubilidad, los sucesivos auges y eclipses de todo orden y que no por mi causa están sin referir en estos apuntes y serían, además de testimonio irrevocable para la historia, aviso para los obcecados que impulsan las corrientes sin pensar en las devastaciones de la inundación.

Esta serena seguridad puede ser un pequeño ejemplo ante el incesante cambio en que se mueve el hombre.

Deber y satisfacción



Con motivo del primer centenario de la muerte del P. Francisco Coll, fundador de la Orden de Dominicas de la Anunciata, coincidente con la aprobación de su primer milagro para introducir la causa de beatificación, se ha formado un museo en la casa madre de Vich con las aportaciones de todas las casas de la Congregación y en él figura esta fotografía que nos complace reproducir como detalle de la vida local alcazareña que algún día pueda figurar en su historia y como testimonio de consideración y homenaje a las religiosas que comparten nuestra labor haciéndola posible y realizándola con su magnífico apostolado.

Tengo especial, especialísima atención para las monjas y cuando viajo rara vez dejo de visitar las iglesias de sus conventos, por lo general desiertas, donde se encuentra una concentración epiritual que inunda el alma de silencio, de paz y tranquilidad que es el bien sumo, moderación, benevolencia y resignación con nuestra suerte.

Aún en las iglesias céntricas es ahora perceptible la soledad, como antiguamente, con lo que la iglesia recobra su carácter misionero y protector, consolador. Y es sorprendente que permanezcan cerradas tantas horas en espera de la invasión tumultuosa que la hace impropia para la contrición y el arrepentimiento.

Las iglesias de las monjas tienen, como su campana, el timbre femenino de delicadeza y como su vida misma, el matiz ascensional del amor santo, concentrado y sublime, hacia la divinidad.

Como en todas las cosas, la mujer imprime su sello a su convento y a su capilla y, allá en sus celdas, con una sensación increíble de debilidad, llega a lo más alto de su vida pura, delicada y fervorosa. Por algo las virtudes tienen nombre femenino: fe, esperanza, caridad.

La monja tiene ese algo angelical que le da su vida contemplativa y el mayor encanto es percibir o adivinar en la penumbra su silueta movible y grácil por entre rejas y celosías. Su iglesia, reducida, silenciosa y en tinieblas y el conjunto de voces argentinas que desde el trascoro invisible eleva al cielo sus cantos matinales, tranquiliza y da conformidad de que a Dios no se le pide nunca en vano. Honor y gloria a la vida de santidad.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Canícula de 1976

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XL

INDICE

Portada
Seguridad
Contraportada 1. ^a
Deber y satisfacción
Contraportada 2. ^a
Información complementaria
Página 1
El libro cuarenta
Acontecimiento alcazareño
Estampas retrospecti.
Soledades
El peso de la opinión
Miguel el confitero
Rincones manchegos
Cayetano Borox
Reimpresión
Decepción
Conservación de estos libros
Remembranza
Despedidas
Noches toledanas
La lotería de cartones
Relatores y relatos
El Arenal
Que viene el revisor
El árbol de mi ventana
Ruido de campanas
Ya viene San Martín
Cartas son cartas

El libro cuarenta

Tenía el propósito de que fuera voluminoso, aunque el engordar no siempre sea mejorar ni prueba de buena salud, pero las circunstancias mandan y como todo acaba en la vida, las pequeñas ayudas, los estímulos y el gozo de la obra desinteresada, también pasan por periodos de declinación o se extinguen dejándola inacabada, pero los esfuerzos realizados, más o menos desperdigados, van dejando aquí y allá pequeños haces de la cosecha que recogidos permiten hacinarlos en espera de buen tiempo para tender la parva y trillar.

Y eso es este libro, montón de haces sueltos, materiales reunidos para el libro XL que si Dios quiere, se podrá publicar a continuación, sin que la alteración numérica suponga desvío en el propósito, pues tanto da que sea el final de la cuarta decena como el principio de la quinta, aunque se hará lo posible porque dicho libro no se aplace, por aquello de redondear la cifra, hasta el número L, que tiene ya su motivo y su lugar.

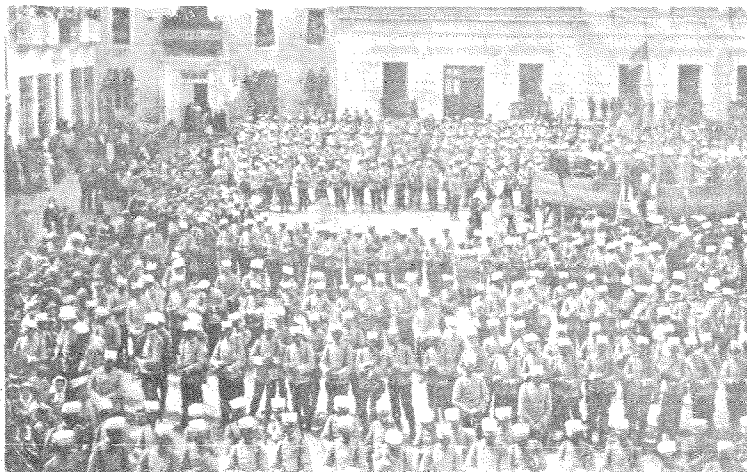
Laus Deo.

Acontecimiento alcazareño

Lo fue la visita de los cadetes a la villa y lo es para nosotros hoy al poder incluir en esta obra la vista de la plaza con ellos en formación, después de tantos afanes buscándola, como nos pasará el día que encontremos la del arco que tan esquiva se muestra hasta el momento, pero como rara vez deja de tener su recompensa la constancia, confiamos en que aparecerá algún día para satisfacción de todos y demostración gráfica de lo que fue la plaza del pueblo.

Qué alegría cuando al fin se ve lograda la esperanza. La ilusión es tanta que no se duda en colocarla en la primera página del libro cuarenta, en compensación de aquellos otros trabajos que no se han podido realizar.

En el fascículo 37 se hizo una pequeña reseña de la visita del regimiento de alumnos de la Academia de Infantería de Toledo, sintiendo no haber podido acompañarla de la oportuna ilustración fotográfica que debió ser abundante. Hoy nos llega esta pequeña muestra que representa su llegada el día 17 de mayo de 1906. Es una de las muchas que debieron hacerse



Fotografía propiedad de Frutos López, cuya aportación debe agradecerse, aunque también lo podía haber dicho antes que la viera Pitos en La Platera.

ese día y está tomada desde los balcones del Ayuntamiento al cual está mirando la fuerza, en traje de verano y con el ros forrado de blanco.

Los balcones engalanados y la gente estacionada alrededor de la formación en descanso.

La casa del rincón con puerta de dos hojas y una abierta, es la del Teatro Principal y entrada a la repostería del casino. A la derecha el Casino Principal con la primera parte de la obra terminada. A la izquierda la casa de Don Alvaro ya concluida.

Entre las fotografías de ese día debe estar la del arco por el que pasaron los cadetes que vinieron andando. Y otras fotografías también de la plaza y de más que la plaza, que por abandono y desidia se perderán inútilmente.

En el quiosco de la música la banda de los cadetes.

Con buena vista y sabiendo dónde podía estar cada cual y por qué, se pueden identificar muchas caras conocidas, tanto de hombres como de mujeres.

¡Cuánto gozaría Don Magdaleno ese día!. Más inflado que un pavo iría diciendo:

—A ver en qué pueblo se ve la plaza de esta manera.

Estampas retrospectivas



Y esta es de las que hablan por sí solas y se recuerdan con especial simpatía.

Figuran en ella, sentados, de derecha a izquierda, Bernardo el Sacristán, Saminón el médico, el Canónigo de Madrid Don Diego Tortosa, el Cura alcazareño Luis Castellanos y el Cura Piñón.

De pie: Inocente el jabonero, Emiliete Ortega. Cándido el Practicante el de Camilo y Pepe Casero el maquinista.

El motivo salta a la vista. Don Diego vino a predicar el novenario de la Virgen y le dieron una merienda en Vista Alegre, la huerta de Don Luis Espadero, donde está hecha la fotografía.

Don Diego tuvo por aquel tiempo gran fama de orador sagrado, equiparable a la de Don Luis Calpena que también era levantino, de Novelda y electrizaba a los públicos, pero a poco perdió la cabeza, y tuvo un triste final recluido en un sanatorio. Era murciano, de Cieza y la nombradía que llegó hasta mí, fue por la resonancia de sus conferencias cuaresmales en la parroquia de San Ginés de Madrid, para hombres solos, que había que escuchar desde la calle, de tanta aglomeración.

Tanto Tortosa como Calpena, Rector de San Francisco el Grande, hicieron gala de sus conocimientos científicos adaptados a la religión y dieron lugar a infinitas discusiones.

El segundo Madrid que es Alcázar, siempre pendiente de la Corte, no podía prescindir de escuchar en sus templos la campanuda voz de estos predicadores y la junta que regirán aunque no la presidieran, Bonardell y Luis Castellanos, mis buenos amigos, dió a los alcazareños la satisfacción de escuchar tranquilamente a los oradores que en Madrid no podían oírse sino muy atropelladamente y se hicieron esta fotografía que ahora, otro chico de la escuela de Don Cesáreo, se complace en perpetuar pasándola a los anales históricos de la Villa.

Estampas retrospectivas



Más antigua que la anterior y no menos expresiva y añorante, es esta fotografía reveladora de cómo era y cómo se relacionaba la juventud alcazareña más o menos distinguida a primeros del siglo actual. Se ignora el motivo de la fotografía, pero hay demasiada opulencia en las indumentarias para que no fuera la Pascua.

Los retratados son, de arriba a abajo y de izquierda a derecha:

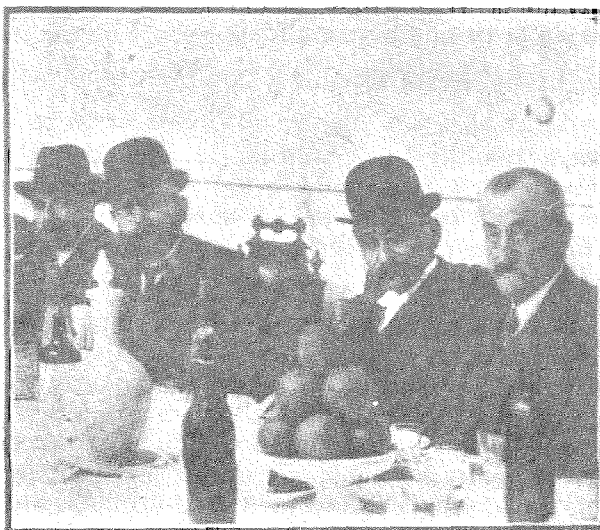
Arriba, solo, Carlos Ochotorena y siguen por orden regular de izquierda a derecha en las diferentes filas y bastantes claros, Eduardo Olivares, Maximiano Sánchez, Alejandro Alcañiz, Isaac Rubio, Antonio Galera, Juan Chacón, Carlos García, Matías Posadas, Francisco Ortiz, José García, Raimundo Mena, Rafael Bonardell y Benito Ubeda.

Enriqueta Alvarez de Lara, Conchita García, Carmita Fernández, Pepita Ortiz, Lina López, Conchita Alvarez de Lara, Pepita López, Feliciano García, Conchita Ortiz, Angelina Murillo, Lola García y Mercedes Galiana.

En uno de los últimos libros se publicó la fotografía del banquete dado a Melquiades Alvarez para celebrar su triunfo electoral en el distrito. Había infinidad de caras conocidas en el espléndido patio de la casa de Don Oliverio, pero la presidencia no se veía porque él, con su gran humanidad y movilidad por entre las columnas, lo impedía.

Ahora he tropezado con una hoja del "Nuevo Mundo" del 30 de mayo de 1907, que me dió el fogoso alcazareño Fermín Alaminos y se reproduce por curiosidad y por lo que se pueda ver con el tiempo.

Figuran en ella, de derecha a izquierda, destacado, Ecequiel Ortega, que tal vez estuviera como Alcalde, aunque no recuerdo si lo era, pero que lo sería del Conde en todo caso, el candidato derrotado y su presencia al lado de Don Melquiades, que es el que sigue, muy puesto de corbata blanca que era usual en él y sombrero hongo, demuestra dos cosas que deben consignarse: la capacidad de adaptación de Ecequiel a las situaciones, aludida ya muchas veces y las cualidades de flexibilidad de la política alcazareña que jamás creó enconos invencibles. Ese día, como se explicó en la otra fotografía, estaban en el patio de Don Oliverio, todos los republicanos de la comarca y de Alcázar el núcleo más representativo. Pues bien,



Ecequiel en la presidencia sin intranquilidad por su parte ni extrañeza por la de nadie. Y hasta más vistoso que en toda su vida.

El que sigue a Don Melquiades, también con sombrero hongo, pajarita y barba es Don Tomás Romero, herenciano, redactor de EL LIBERAL que llegó a ser Diputado por aquí. Le sigue un señor de sombrero flexible y barba corta seguramente muy conocido pero que no logro identificar. La máquina del fotógrafo redujo demasiado el campo o no daba más de sí en aquella época, pero hubiera convenido ver toda la presidencia por la significación de las personas que la ocuparan.

Obsérvese lo cualificado de la fruta, las botellas de barro blanco de Ocaña con agua de Valcargao y las del vino empapeladas y negras como signo de calidad. A Don Oliverio no era fácil untarle la oreja por esplendor ni que a él se le arrugase el ombligo por el derroche, y puede que esas manzanas fueran traídas desde Asturias para que el gallito de Don Melquiades, (el "Chantecler" le decían en el Congreso), pudiera cantar en La Mancha ponderando los frutos de su tierra.

SOLEDADES

Al escribir la contraportada de este libro me ha invadido un sentimiento de tristeza, de ausencia, de alejamiento.

La soledad del convento monjil metido en la ciudad no es absoluta. Aún contando con el apartado emplazamiento y con sus gruesas murallas, el tránsito callejero se filtra por las paredes y hace compañía que percibimos cumplidamente cuando salimos a la claridad, pero el alma hecha rechaza el bullicio y quisiera volver a la soledad de la celda que es lugar de sosiego y expansión espiritual. No da la amplitud del campo pero al creyente le da la facultad ascensional sin límites, la evasión completa entre las cuatro paredes y la oportunidad de resignarse con el destino que da el Señor. Y tal vez la libertad completa en la renuncia y anulación absoluta de la propia personalidad.

Estoy muy hecho a esta soledad y comprendo al monje sin haberlo sido.

Aunque poco también he percibido la soledad campestre, lo suficiente para saborearla y esta pobre experiencia pudiera ser la causa de mi amor a Piédrola, el reducido paraje alcazareño en el que es posible escuchar la alondra mañanera, ver el gazapo veloz y oír las esquilas de las ovejas en el aprisco al alborar el día en las honduras de las pedrizas.

No es ni mucho menos la soledad solemne, imponente y umbrosa de los grandes valles y sierras, pero este pedregal tiene a su favor el ser único y resonar en la inmensidad de nuestra llanura con matices muy distintos a los que se perciben caminando sobre la Mujer Muerta de Segovia, por las estribaciones del Almanzor de Gredos o por las grandes cañadas asturianas, paisajes bucólicos que apenas entrevistos se rememoran ya siempre con especial delectación, tanto la tierra como sus productos, el cordero segoviano, de lana sedosa y carne repretada, hecha con el fino pasto de las pedrizas, el ternero fornido y reluciente de la cordillera y la vaca de opulentas ubres, pastueña y pacífica del ameno prado astur.

Aún contando con la inefable compañía de estos animales, que es imponderable en su momento y lugar, la grandiosidad de estos parajes es tan imponente, tan absoluta y solemne, que es imposible olvidarla jamás. Los encontrados aires de la laguna grande y estribaciones del Almanzor nos traen los ecos más sorprendentes y opuestos en medio del silencio más absoluto y majestuoso. El mismo, pero en campo más abierto, más amplio y umbroso, se percibe en los prados asturianos donde pasta la vaca solitaria que parece desligada del mundo y contribuye a que os empaqueis de voluptuoso silencio, ¡Oh! los valles solitarios, las montañas umbrosas y el convento hermético. El silencio y la soledad. Qué grandiosa expresión encierran para el que los sepa escuchar.

EL PESO DE LA OPINION

La opinión lo vence todo, por algo tiene nombre de mujer y en este caso ha vencido a Marcelo Redondo, el hombre ejemplar tantas veces ponderado en estas páginas por sus cualidades sobresalientes de laboriosidad y resistencia física, no exento tampoco de valor, acertado juicio y firmeza. Estoy seguro, segurísimo, de que mis alabanzas no le han atraído ninguna simpatía ni a mí tampoco al ponerle de ejemplo. A los dos nos habrán tratado infinitas veces de tontos, por lo menos y tal vez de algo más, pero la responsabilidad es mía únicamente.

Incidentalmente, como yo me entero de todas las cosas, al mucho de suceder, me dijeron hace poco, que Marcelo andaba por las esquinas como cualquier aburrido y que no salía. Me impresionó mucho la noticia, como impresiona el ver desarmado cualquier muñeco y desvanecerse una ilusión. ¡Caramba con Marcelo!

No sé si tendrá algún motivo que le obligue a esa decisión o será simplemente la mella que haya hecho en él el decir de la gente. Pero seguirá valiéndonos de ejemplo, porque de no morir de repente, que es siempre lo mejor, empezará pronto él mismo a notar como chirrían las ruedas y lo difícil que le es ir a por el sebo que tan bien le probó.

Muchas veces el hombre se pone cabezón, se obstina en las cosas como reacción contraria a las presiones que le rodean. La solución conveniente es entonces dejarle y él solo se rinde. Si se le empuja va cada vez menos donde se desea que vaya. Pero también él si la yerra, debe, como castellano, "defencella y no enmendalla", muriendo en la brecha como buen soldado.

La ejemplaridad puede ser otra razón de la perseverancia llevada hasta el final, la necesidad de mantener la regla porque nunca el hombre está satisfecho de la fidelidad con que se siguen sus normas y la lenidad o la desviación le impulsan a la increpación y a la ejecución propia, actos que cuando se igualan los centenos suelen originar desviaciones que obligan a una mayor firmeza y permanencia.

También la vanidad, —¡Oh! flaquezas humanas— puede tener su parte en el intríngulis de la cuestión: el orgullo de ser mejor, del trabajo bien hecho, de la obra bien presentada o de la cosecha óptima que admiran y ponderan cuantos van por el camino y sirve de satisfacción al gañan que la realiza.

Es la opinión en suma la que todo lo gobierna, la presión social como se dice ahora, que es al fin y al cabo la corriente tradicional, la que lleva al hombre como de la mano a la actitud posible en cada caso y Marcelo se ha rendido a ella renunciando a la antorcha del heroísmo que tremolaba tan airosamente. Aún en el caso de ser forzado y momentáneo es difícil el heroísmo, pero si ha de ser sostenido con tesón es casi imposible, sin que eso suponga desdoro para el actuante por ser sobrehumanos los factores que lo condicionan.

Qué le vamos a hacer, Marcelo, pero morir en el haza con las albarcas puestas hubiera sido tu supremo honor y el remate digno de una vida ejemplar. y total, ¡para lo que queda!...

Miguel el confitero

¿Quién pudo ser en Alcázar Miguel el confitero?

Azorín, en uno de sus relatos retrospectivos, explica cómo le mandaron desde EL IMPARCIAL a recorrer la ruta de Don Quijote, detalle curioso, lógico y para mí desconocido.

Ortega Munilla, a la sazón director del periódico, cuñado del propietario Gasset y Artime, padre de Gasset Chinchilla, ministro tantas veces y político de arraigo en nuestra provincia y padre a su vez Ortega Munilla de los Ortega Gasset, llamó a su casa a Azorín para darle las últimas instrucciones para el viaje y con el mayor misterio le dice:

—Bueno, ya lo sabe usted. Va usted primero, naturalmente a Argamasilla de Alba. De Argamasilla creo yo que se debe usted alargar a las lagunas de Ruidera. Y como la cueva de Montesinos está cerca, baja usted a la cueva. ¿No se atreverá usted? No estará muy profunda. ¿Y dónde cree usted que ha de ir después? ¿Y como va usted a hacer el viaje? No olvide los molinos de viento. Ni El Toboso. ¿Ha estado usted en El Toboso alguna vez? ¡Ah, antes que se me olvide!

Y diciendo ésto Don José Ortega Munilla abre un cajón, saca de él un chiquito revólver y lo pone en mis manos. Le miro atónito. No sé qué decirle.

—No extrañe usted, me dice el maestro. No sabemos lo que pueda pasar. Va usted a viajar solo por campos y montañas. En todo viaje hay una legua de mal camino. Y ahí tiene usted un chisme por lo que pueda tronar

El viaje por La Mancha siguiendo a Don Quijote, continua Azorín, es encantador. Viajo en un carrito tirado por una mula que gobierna Miguel, carretero de Alcázar de San Juan, antiguo confitero —la suerte tiene estos viceversas— en la famosa Mahonesa de Madrid. Cuando van llegando a la redacción mis artículos, escritos a lápiz, escritos como Saavedra Fajardo nos cuenta que escribió sus *Empresas*, en las posadas y en los caminos; cuando llegan a la redacción mis artículos, digo, Julio Burell los lee en voz alta y enfática ante los redactores. La entonación altisonante contrasta infelizmente con mi prosa menuda, detallista, hecha de pinceladas breves. Y toda la redacción acoge la lectura con protestas y risas.

—¡Hombre, no! ¡No puede ser eso! ¡Es insoportable!, Don Antonio, don Pedro, don Luis, don Vicente, don Gustavo, don Pablo; don Aniceto... ¿Donde vamos a parar?

He ahí el problema, Azorín viaja, son sus palabras, en un carrito tirado por una mula que gobierna Miguel, carretero de Alcázar de San Juan y antiguo confitero en la Mahonesa de Madrid. Debe entenderse por su explicación como carretero que se dedica a carretear o acarrear, no a construir carros o repararlos, que era oficio de muchos entonces y después.

¿Quién era Miguel el confitero?

Los confiteros alcazareños de entonces son conocidos y ya constan en esta obra, el tío Espinosa, padre de Julio y de Paco y sus hermanas y Ambrosio y la Gregoria. Pudo alguno ir a la Mahonesa, pero entre ellos no hubo ningún Miguel ni cambiaron el horno por la tartana.

En otro paraje de la *Ruta*, cuando van a Ruidera, Azorín llama a Miguel, el viejo carretero, lo que puede suponer quebranto físico o decadencia más que antigüedad en el oficio.

Otro detalle es que cuando salió de Argamasilla para Villarta y el Puerto no llevaba mula, pues le pregunta a Miguel:

—¿Vamos a marchar?.

—Vamos a marchar cuando usted quiera, le contestó Miguel.

Y relata:

—Yo he subido en el diminuto y destartado carro, la jaca —una jacuita microscópica— ha comenzado a trotar vivaracha y nerviosa.

Cuestión muy digna de tenerse en cuenta es que Azorín vino en tren, en el tren mixto, como era usual, como lo hizo desde Valencia cuando fue a Madrid por primera vez. Y es prueba de ello que no se detuvo en Alcázar y se apeó en Cinco Casas, a donde también iba otro compañero de viaje. ¿Puede ser que Miguel, el confitero y carretero alcaceño estuviera en Cinco Casas?.

Brindo las dudas a los lectores y muy especialmente a mi querido amigo Crescencio Rosado, gran manchego, meticuloso y tenaz cervantista a quien es difícil meterle bolas ni que él las deje de pasar aunque vayan volando y puede que incluso ésta, aparte del Quijote pero relacionada con él y con La Mancha, la tenga bien catalogada y nos la pueda aclarar.

Sucedido

En la *lajuna* de Villafranca ocurrieron muchas cosas cuando iban los gañanes a bañar las mulas al acabar del agosto y hasta se tenían que entrar ellos para llevarlas de los ramales y ellas en sacos para quitarse las cascarrías de todo el año. Era poco más o menos lo que hacían los aristócratas en el Sardinero.

Se iba la familia para media semana y con hato suficiente, juntándose dos o tres filas de carros alrededor del charco. Cada grupo lo pasaba al amparo de su carro, pero al aire libre, como hacen ahora los que viajan con la furgoneta en la cola, Reinaba el buen humor con los ruidos y algazaras propios del caso.

Una noche se levantó el Mierdón a orinar y en el silencio de la madrugada sonaba tanto el chorro en el charco que hizo, que entre sueños le dijo la Carmen:

—Pretolo, que se vierte el tonel.

—Ponle el corcho, le contestó Petronilo apretando.

RINCONES MANCHEGOS

La Cueva de Montesinos

Fantasías y realidades

Montesinos es una de las figuras romancescas de la literatura antigua como el conde Laurel o el de Lucanor que cantan las niñas jugando al corro, pues aunque algunos autores han tratado de darle emplazamiento histórico, no ha podido pasar de la realidad fabulosa, eso sí, en el mismo sentido que muchos personajes novelescos, empezando por Don Quijote mismo, tienen una realidad y un valor representativo muy superior al de la mayoría de los personajes efectivos y un poder evocador consagrado a perpetuidad.

Al entrar en juego, en las aventuras romancescas de la antigüedad, el conde Grimaltos, casado con la hija del rey de Francia y colmado de honores y mercedes, cae en desgracia por las falsedades que le atribuye el traidor conde de Tomillas, desterrándole el monarca de sus Estados. Sale de París acompañado de su esposa que dió a luz en un paraje desierto, bautizando al niño un santo ermitaño que se encontraba en aquellas soledades, poniéndole de nombre Montesinos por haber nacido en aquellos ásperos montes, donde permaneció 15 años, tiempo en el que el conde Grimaltos subió al monte y enseñó a su hijo la ciudad de París.

Es una preciosa trama novelesca que empieza así:

"Muchas veces oí decir — y a los antiguos contar,
que ninguno por riqueza — no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga — se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo, — do buenos suelen mirar,
cómo el conde, a quien Grimaltos — en Francia suelen llamar,
llegó a las cortes del rey, — pequeño y de poca edad".

Terminando con el relato del nacimiento de Montesinos en el monte:

Llegado el tercer día, — en un áspero bosque,
la condesa de cansada — triste no podía andar,
Rasgáronse sus servillas, — no tiene ya que calzar;
de la esperanza del monte, — los pies no podía alzar;
do quiera que el pie ponía, — bien quedaba la señal.
Cuando el conde aquesto vido, — queriéndola consolar,
con gesto muy amoroso — la comenzó a hablar:
No desmayedes, condesa, — mi bien, queráis esforzar,
que aquí está una fresca fuente, — do el agua muy fría está
Reposaremos, condesa — y podremos refrescar.
La condesa que esto oyera — algo el paso fue a alargar,
y en llegando a la fuente — las rodillas fue a hincar.
Dió gracias a Dios del cielo, — que la trujo en tal lugar,
diciendo: ¡ Buen agua es ésta, — para quien tuviere pan!
Estando en estas razones — el parto le fue a tomar,

y allí pariera un hijo, — que es lástima de mirar
la pobreza en que se hallan, — sin poderse remediar.
El conde cuando vió al hijo — comenzóse de esforzar;
con el sayo que traía — al niño fue a cobijar;
también se quitó la capa — por a la madre abrigar;
la condesa tomó el niño — para darle de mamar.
El conde estaba pensando — que remedio le buscar,
que pan ni vino no tienen — ni cosa con que pasar.
La condesa con el parto — no se puede levantar;
Tomóla el conde en los brazos — sin ella al niño dejar,
súbelos a una alta sierra — para más lejos mirar.
En unas breñas muy hondas — grande humo vió estar,
tomó su mujer e hijo, — para allá los fue a llevar,
entrando por la espesura — luego al encuentro le sale
un virtuoso ermitaño — de reverencia muy grande;
el ermitaño que los vido — comenzóles a hablar:
— ¡ Oh, válgame Dios del cielo! — ¿ Quién aquí os fue a aportar?
Porque en tierra tan extraña — gente no suele habitar,
sino yo que por penitencia — hago vida en este valle.
El conde le respondía, — con angustia y con pesar:
— Por Dios te ruego, ermitaño, — que uses de caridad,
que después habremos tiempo — de cómo vengo, a contar,
más para esta triste dueña — dame que le pueda dar,
que tres días con sus noches — ha que no ha comido pan,
que lla en ese fuente fría — el parto le fue a tomar.
El ermitaño que esto oyera, — movido de gran piedad,
llevóles para la ermita — do él solía habitar.
Dióles del pan que tenía, — y agua, que vino no hay;
recobró algo la condesa — de su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el conde — quiera al niño bautizar.
— Pláceme, dijo, de grado, — ¿ mas cómo le llamarán?
— Como quisiéredes, Padre — el nombre le podéis dar.
— Pues nacie en ásperos montes — Montesinos le dirán.
Pasando y viniendo días, — todos vida santa hacen;
bien pasaron quince años — que el conde de allí no parte.
Mucho trabajó el buen conde — en haberle de enseñar,
a su hijo Montesinos — todo el arte militar,
la vida de caballero — cómo la había de usar
cómo ha de jugar las armas — y qué honra ha de ganar,
cómo vengará el enojo — que al padre fueron a dar.
Muestrale en leer y escribir — lo que le puede enseñar,
muestrale jugar a tablas, — y cebar un gavián.
A veinticuatro de junio — día era de San Juan,
padre e hijo paseando — de la ermita se van;
encima de una alta sierra — se suben a razonar.
Cuando el conde alto se vido — vido a París, la ciudad.
Tomó al hijo por la mano, — comenzóle a hablar,
con lágrimas y sollozos — no deja de suspirar.

En otro romance, Grimaltos relata a su hijo Montesinos sus desgracias y aparece Montesinos como vengador matando al conde Tomillas con un tablero de ajedrez y consiguiendo de su abuelo el rey de Francia el perdón completo de sus padres:

"y aquella que vos más alta — y que está en mejor lugar
es la casa de Tomillas — mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada — me mandó el rey desterrar,
y he pasado a causa de ésto — mucha sed, calor y hambre,
trayendo los pies descalzós, — las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya — por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente — sin tener en qué te echar.
Yo triste quité mi sayo — para haber de cobijarte,
ella me dijo llorando — por te ver tan mal pasar;
—Tomes este niño, conde — y lléveslo a cristianar,
llamédesle Montesinos — Montesinos le llamad.
Montesinos que le oyera, — los ojos volvió a su padre,
las rodillas por el suelo, empezóle a rogar,
lo quisiese dar licencia, — que en París quiere pasar,
a tomar sueldo del rey — si se lo quiere dar,
Para vengarse de Tomillas — su enemigo mortal.

En otros romances posteriores los juglares atribuyen a Montesinos amores y aventuras, figurando en otro romance los amores de Rosaflorida con el héroe al que solo conoce de oídas y que a juicio de los entendidos es una delicadísima joya de nuestra poesía popular.

El romance es el siguiente, clasificado en sexto lugar de los de Montesinos por Menéndez y Pelayo:

En Castilla hay un castillo — que se llama Rocafrida,
al castillo llaman Roca, — y a la fonte llaman Frida.
El pie tenía de oro, — y almenas de plata fina;
entre almena y almena — está una piedra zafira,
tanto relumbra de noche — como el sol a mediodía
Dentro estaba una doncella — que llaman Rosaflorida;
siete condes la demandan, — tres duques de Lombardía;
a todos los desdeñaba, — tanta era su lozanía.
Enamorose de Montesinos — de oídas que no de vista.
Una noche estando así, — gritos de Rosaflorida;
oyérala un camarero, — que en su cámara dormía,
¿Qué es aquello, mi señora — ¿Qué es ésto, Rosaflorida?
o tenedes mal de amores, — o estáis loca sandía.
—Ni yo tengo mal de amores, — ni estoy loca sandía,
más lleváseme estas cartas — a Francia la bien guarnida,
Diédeslas a Montesinos, — la cosa que yo más quería;
dile que me venga a ver — para la Pascua florida;
darle he yo este mi cuerpo, — el más lindo que hay en Castilla.
si no es el de mi hermana, — que de fuego sea ardida;
y si de mí más quisiere — yo mucho más le daría;
darle he siete castillos — los mejores que hay en Castilla.

Los romances de Montesinos se habían infiltrado casi como ningunos otros romances en nuestras consejas y memorias locales, dicen los técnicos de la enciclopedia, pudiendo servir de ejemplo las tradiciones manchegas acerca de la cueva de Montesinos inmortalizadas por el genio de Cervantes en su Quijote.

Inseparables de los de Montesinos son los romances de Durandarte, en los que al morir el paladín de la ruta de Roncesvalles manda a su primo Montesinos que le saque el corazón para llevárselo a su amada Belerma.

Los romances de Montesinos y Durandarte, dice Menéndez y Pelayo tienen asegurada la inmortalidad y merced a Cervantes que los recogió amorosamente colocándolos en la fábula más deleitosa que han visto las edades. Una geografía poética, en parte tradicional y en parte inventada, encantamientos y visiones de la literatura caballerescas, se congregaron en el espacioso ámbito de la cueva de Montesinos, donde el escudero Guadiana, trocado en río y la dueña Ruidera y sus hijas, llorando hilo a hilo el caso acerbo de sus señores, forman cortejo a Durandarte, Montesinos y Belerma.

En todos estos pasajes campea el espíritu caballeresco, deslumbrante de puro generoso y rendido a sus idealismos, que hasta mentira parece en quienes se jugaban la vida cada dos por tres sin el menor encogimiento.

Los romances de Durandarte no desmerecen de los de Montesinos, como puede verse en este segundo que dedica a Belerma, su amada:

¡Oh Belerma! ¡Oh Belerma! — por mi mal fuiste engendada,
que siete años te serví — sin de tí alcanzar nada;
ahora que me querías, — muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte — aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte — y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos! — lo que ahora yo os reogaba,
que cuando yo fuera muerto — y mi ánima arrancada,
vos lleveis mi corazón — adonde Belerma estaba
y servidla de mi parte — como de vos yo esperaba,
y traedle a la memoria — dos veces cada semana,
y diréisle que se acuerde — cuán cara que me costaba;
y dadle todas mis tierras — las que yo señoreaba,
pues que yo a ella pierdo — todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!! — ¡mal me aqueja esta lanzada!
el brazo traigo cansado — y la mano de la espada;
traigo grandes las heridas — mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos, — y el corazón me desmaya,
los ojos que nos vieron ir — nunca nos verán en Francia,
Abracéisme, Montesinos, — que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo, — la lengua tengo turbada,
yo vos doy todos mis cargos, — en vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creéis — El oiga vuestra palabra.—
Muerto yace Durandarte — al pie de una alta montaña,
Llorábalo Montesinos — que a su muerte se hallara,
quitándole ésta el almete, — desciéndole la espada,

hácale la arquitectura — como una pequeña casa,
sacábale el corazón, — como él se lo jurara,
para llevarle a Belerma, — como él se lo mandara.
Las palabras que le dice — de allá le salen del alma
— ¡Oh, mi primo Durandarte! — ¡Primo mío de mi alma!
¡espada nunca vencida! — ¡Esfuerzo do esfuerzo estaba!
¡Quién a vos mató, mi primo — no sé porque me dejara!

La difusión y arraigo de estos romances y el fantástico aspecto de Ruidera le vinieron a Cervantes como anillo al dedo para desarrollar la aventura de su héroe, tal como debió pasarle ante el braceo de los molinos y las manadas de ovejas que hallara en los caminos, porque no iba a poner las aventuras del hidalgo manchego en las minas de Mieres o en los arrozales de la Albufera, aunque los conociera igualmente.

Era necesario el antecedente de los romances, siquiera en tan liviana prueba como la que se aporta aquí por brevedad para que el lector curioso apreciara hasta qué punto Miguel, — como aquí, en su pueblo y en el Toboso se llama a Cervantes — asimilaba los elementos que le rodeaban para incorporárselos a su héroe y ennoblecer sus hazañas a la vez que iba dejando en cuanto venía a pelo el consejo o la sentencia que su grande y dolorosa experiencia de la vida y de las gentes le dictaban, sin aparentar tomarlo muy a pecho.



En el camino hacia las lagunas desde Argamasilla se encuentra el santuario de la Virgen de Peñarroya que da nombre a su contorno, al pantano y a varias argamasilleras, como la de Begoña en Vizcaya, la Peregrina de Galicia, la Montserrat de Cataluña, la Fuencisla de Segovia y la de Criptina del Campo. Ha sido restaurado con ese pórtico de pies derechos forjados con las piedras calizas de su monte y esas ventanas de moña que se ve no son de su pelo pero que le dicen bien.

Madoz dice hablando de Ruidera, que se cree que en este lugar hubo en tiempos antiguos gran población, pues hay muchas ruinas que así lo denotan y debió estar bien defendida, porque además de un Castillo arruinado que hay junto a la ermita, están el de *Rochafrida*, inmediato a la célebre cueva de Montesinos, el de Peñarroya y otros de menos importan-



No podemos presumir aquí de árboles milenarios, pero en lo que cabe lo es ésta gran noguera que se conoce de siempre al caer del camino entre las lagunas de la Lengua y la Salvadora.

Nadie es capaz de saber los metros cúbicos de madera en que la aforaría Heliodoro, pero en bastantes, más de lo que aparenta en su estado invernal pues con su follaje no hay otra que le iguale en toda la comarca.

cia: desde la conquista de los moros debió tomar el título de Real sitio de Ruidera, que se le da y desde entonces data la despoblación y soledad que espanta. Hace 20 años (Madoz escribía ésto el 1849) sólo había la fábrica de pólvora en los términos mezquinos que hemos dicho al principio y 5 ó 6 casas. A media legua está el caserío llamado la Magdalena (N) en que el gran prior infante Don Antonio quiso establecer una colonia.

Por otra parte, en las relaciones topográficas se encuentra la de La Solana con una contestación que dice:

"más encima del dicho heredamiento (en el que están los molinos de agua y los batanes) a la parte de levante, en una laguna que se dice que no tiene mucha agua y en el agosto se suele apocar y enjugar y que no quedan sino aguachares, hay una fortaleza en medio de dicha laguna arruinada el edificio de ella, que comunmente le llaman en esta tierra el castillo de Rochafriada, donde dicen que antiguamente estuvo una doncella que llamaban Rosa Florida muy hermosa y siendo señora de aquel castillo la demandaron en casamiento Duques y Condes de Lombardía y otras partes extrañas y a todos los despreció e oyendo decir nuevas de Montesinos se enamoró dél y le envió a buscar por muchas partes extrañas y le trujo y se casó con él y que era un hombre de notable estatura de grande

y que en aquel castillo vivieron juntos hasta que allí murieron y cerca del dicho castillo para entrar en el, suele haber una puente de madera para pasar a el dicho castillo, porque como dice un romance, por agua tiene la entrada y por agua la salida y cerca del dicho castillo está una cueva que llaman comunmente la Cueva de Montesinos, por dentro de la cual dicen que pasa mucha agua dulce, siendo la de dicho río Guadiana más basta y que pastores que andan en aquella ribera con ganado sacan agua de la dicha cueva para beber y guisar su comida hasta el dicho heredamiento y lo demás en término de la Villa de Alhambra, término común a la de dicha villa de La Solana y a las otras de la orden de Santiago.

Hasta aquí los romances y leyendas más o menos imaginativos que corrían sobre la cueva y otros puntos de alrededor, imbuído de los cuales se asomó Don Quijote a la sima cuya fama ya le venía tentando tiempo antes.

Después de aquella preocupante plática, mientras se encaminaban a la cueva en la que se plantearon cuestiones tan arduas como la de quién fue el primero que se costipó en el mundo, quién fue el primero que se rascó la cabeza y quién el que se dió las primeras unciones para curarse el gálico, llegaron con buena luz, sobre las dos de la tarde, a la entrada de la cueva y provistos de unas cien brazas de sogas para ayudar a bajar al caballero de cuyo buen ánimo no hay nada que decir, pues era como de costumbre, de completo arrojo y decisión firme. "Aunque llegase al abismo había de ver dónde paraba", resistiendo la prudencia de Sancho que decía:

—Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace, no se quiera sepultar en vi-



Formando pequeñas y numerosas cascadas por entre las rocas, se ponen en comunicación y se nutren de su propia corriente estas dos preciosas lagunas que se llaman la Lengua y la Salvadora.

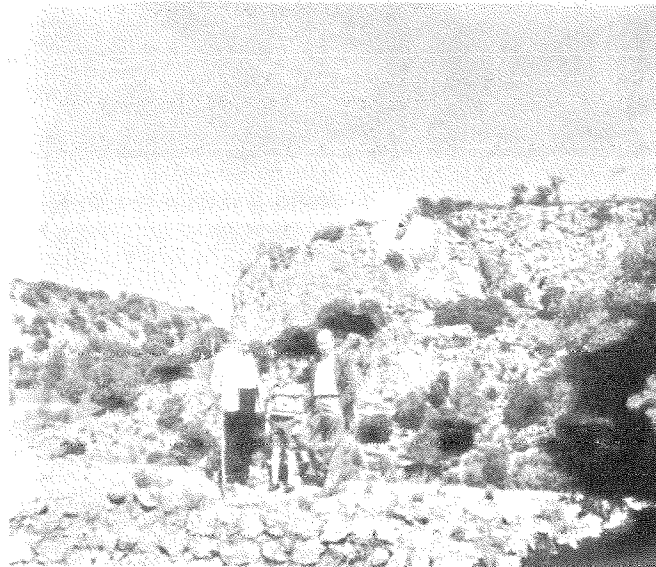
da ni se ponga donde parezca frasco que lo ponen a refrescar en algún pozo.

—Ata y calla, replicó Don Quijote, que tal empresa como aquesta, para mí estaba guardada.

La alucinación no le impidió percatarse del olvido de un pequeño esquilón que atado a la misma sogá hubiera servido para dar noticia de que estaba vivo y que todavía bajaba, pero ya no había lugar y Dios, al que se encomendó en silencio, le guiaría, Dios y la sin par Dulcinea del Tóboso a la que invocó en alta voz en la forma altisonante y expresiva que solía hacerlo siempre que iba a entrar en liza con alguna hazaña de indudable ventura y rendida pleitesía.

La entrada de la cueva la encontró el caballero llena de matojos y plantas pinchudas de difícil penetración, por lo que tuvo que desenvainar la espada y emprenderla a mandobles para abrirse paso, pero con tal estruendo que los grandes cuervos, grajos y murciélagos que se guarecían en ella, se asustaron y salieron a una con tal fuerza que dieron con él en el suelo y por poco si se levanta, pero en cuanto lo hizo se dispuso a entrar con ánimo redoblado, sólo porque conociera el mundo que si Dulcinea le favoreciese "no habrá imposible a quien no acometa y acabe" Y con las mismas empezó a bajar dando voces que le diesen sogá y más sogá, y se la daban poco a poco, pero cuando las voces dejaron de oírse llevaban soltadas las cien brazas de sogá y pensaron en subirle, como lo hicieron al cabo de una media hora, con la sorpresa de la facilidad y falta de peso con que la sogá salía, haciéndoles de pensar que Don Quijote se quedaba dentro y Sancho, afligido y alarmado, empezó a tirar de prisa y al llegar como a las ochenta brazas, notaron peso y a las diez vieron ya a Don Quijote a quien Sancho dió voces diciéndole aquello de:

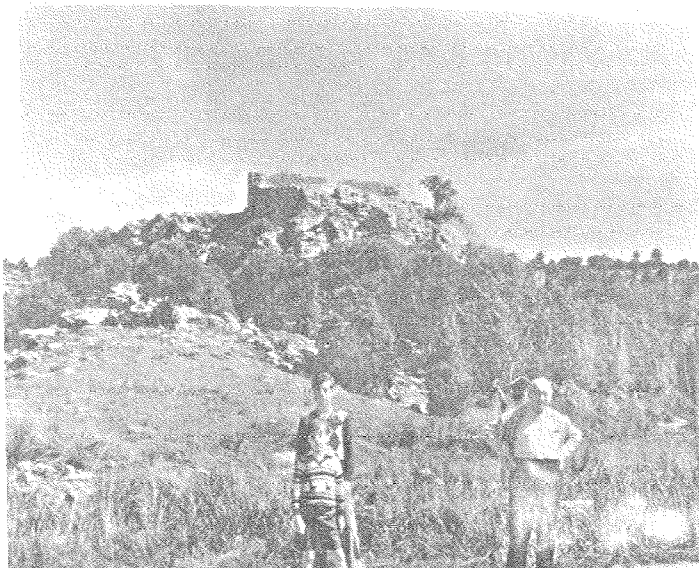
Base de la serrezuela en cuya altura se ven las ruinas del castillo de Rochafriada. La cañada de la izquierda está formada por una de las corrientes del agua. En el lado opuesto hay otra corriente aunque menor, porque "por agua tiene la entrada y por agua la salida" y valiéndose de tendidos de palos no muy resistente ni seguros para cruzar las corrientes.



—“Sea vuestra merced muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allí para casta”.

Pero no respondía palabra Don Quijote y sacándole del todo vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliéronle, y, con todo ésto no despertaba, pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon que al cabo de un buen espacio volvió en sí, despertándose, como si de algún grave y profundo sueño despertara y mirando a una y otra parte, como espantado, dijo:

—“Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todo los contentos desta vida pasan como sombra y sueño o se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en



En estas dos fotografías se ven las ruinas del castillo de Rochafriada en su estado actual y la serrezuela que le sirva de asiento que, no obstante su escasa altura, tiene por su situación un gran poder defensivo y de observación de la cuenca acuifera.

vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos”.

Con grande atención lo escuchaban el primo y Sancho suplicándole les dijese lo que en aquel infierno había visto.

—¿Infierno le llamais?— dijo Don Quijote — pues no le llameis así porque no lo merece, como vereis.

Y luego del refrigerio de que había menester, como a las cuatro de la tarde (recuérdese que llegaron a la cueva sobre las dos), contó Don Quijote lo que en la cueva de Montesinos había visto, diciendo:

—“A obra de doce o catorce estados de profundidad de esta mazmorra, a la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas”. Siguen las peripecias conocidas y comprobables por cualquier lector de la magistral obra, hasta el momento de dar con el mismo Montesinos y preguntarle si fue verdad que le

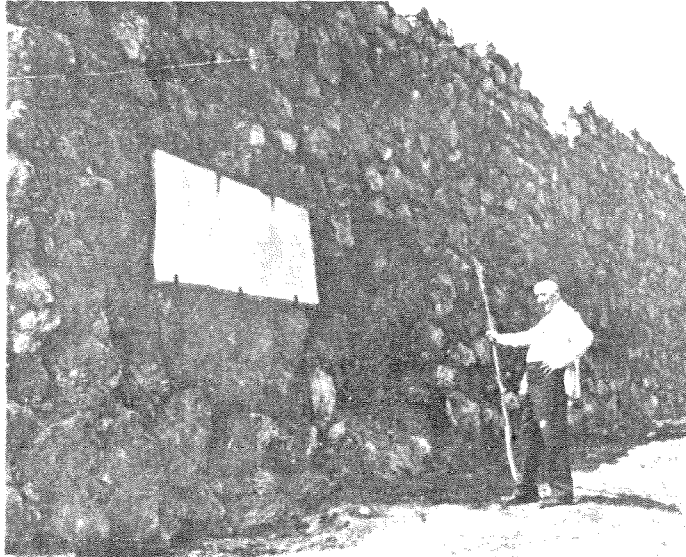
sacara el corazón a Durandarte para llevárselo a la señora Belerma como él se lo mandó al punto de su muerte.

—"Así es, —respondió el primo— prosiga vuestra merced, señor Don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—"No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote".

Y siguió con el relato fantástico de lo visto en la cueva, coincidente y de acuerdo con lo referido en los romances, tanto de Montesinos como de Durandarte y, que es el motivo de estos confrontamientos, sobradamente conocidos de todos los aficionados a la lectura.

Tiempo después, pasó por allí un sabio que tampoco estaba exento de quijotismo, —el que esté libre de ese pecado que tire la primera piedra,— y nos dejó sus apreciaciones exactas propias de su conocimiento



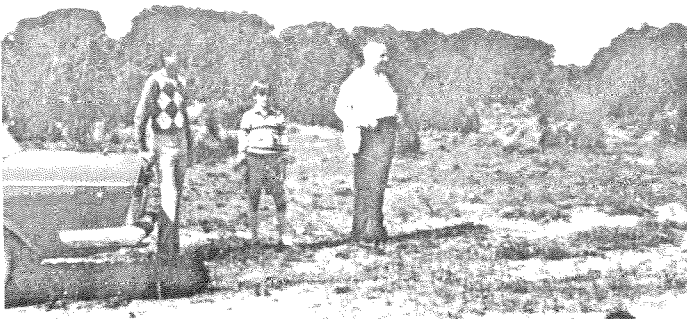
Muralión en la cumbre del castillo de Ro-
chafrida.

El explorador no es que se ponga en ja-
rras como parece, es que se está ahogando
y fija instintivamente las manos para dar en-
sanche a su pecho como hacen los asmáticos.
Pobre hombre, se le rompió la lanza, que es
como acaban todos los quijotismos.

de nuestro suelo y su admiración por el caballeroso hidalgo: Don Eduar-
do Hernández Pacheco, figura relevante de la geología española al que
siempre hay que acudir y nunca sin provecho, el mismo que en la Puebla
de Almoradiel descubrió, haciendo un pozo, los fósiles de una especie
nueva de *Hiporión* al que dió el nombre que se conserva entre los cien-
tíficos, de *Hiporión Rocinantis*. No cabe mejor ni más rotundo testimo-
nio de su espíritu caballeresco. Y un día de la década de 1920/30 aparece
en la boca de la cueva de Montesinos la figura patriarcal de D. Eduardo,
el cual nos dice en su famosa SINTESIS que "es simplemente una cam-
pana de hundimiento de parte del techo del banco de calizas sobre la masa
de margas arcillosas que ocupan el fondo de la caverna, que tiene forma
circular y un diámetro de 40 a 50 metros por 12 a 15 de profundidad.
En la parte más baja de la rampa de bloques desprendidos al producirse
el hundimiento que originó la cueva, brota el agua en el contacto entre



Bajando del castillo se respira mejor y se ve el valle feracísimo que le sirve de asiento.



Este es el monte que rodea la cueva de Montesinos que se abre en la cuesta que hay detrás de los observadores, no inmediata sino un poco distante. El coche está situado en el camino de la Ossa, de donde viene. El bucólico paisaje es más propicio al deleite que a las aventuras y quimeras.

La Cueva
Incómoda y aventurada entrada a la cueva de Montesinos en el camino de la Ossa de Montiel a la laguna San Pedra, y en el rosario de las de Ruidera, el sitio más pintoresco y fantástico dominado por el castillo de Rochafrida que no era una mera ilusión sino una realidad palpable.



las carñiolas y las margas, formándose un depósito adosado al muro de forma semilunar y poca profundidad, del que se surten en verano pastores y viandantes”.

La caverna es fácilmente accesible y visitable, agrega el eminente maestro, y nos deja ver su admiración por el insigne manco, diciendo que Cervantes debía conocerla bien considerando probable que en alguna de sus andanzas se refugiase o sestease en la concavidad, como él mismo se refugió encontrándola agradable por estar junto a la amplia boca de entrada.

Lo demás de la descripción cervantina, agrega el profesor Hernández Pacheco, está en armonía con la idea madre de la novela y con el exaltado espíritu del héroe de la misma.

”Lo relatado es en síntesis, concluye Don Eduardo, la historia geológica del primer tramo del Guadiana, en el que Cervantes con su espíritu culto y sagaz, vislumbraba particularidades y anomalías curiosas e interesantes, como se desprende del gracioso relato de la aventura de la cueva de Montesinos con las mutaciones del escudero Guadiana y la dueña Ruidera, con sus siete hijas y dos sobrinas, encantadas todas por el sabio Merlín y transformadas en otras tantas lagunas, que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de La Mancha, se llaman las Lagunas de Ruidera, las siete son de los reyes de España y las dos sobrinas de los caballeros de una orden santísima que llaman de San Juan. Guadiana fue convertido en un río llamado de su mismo nombre... vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal”

*

*

*

CAYETANO BOROX

Por verdadera casualidad ha llegado a mí esta fotografía de Cayetano, el hombre de confianza mía y de la clínica durante muchos años, desde que se incapacitó para su trabajo de gañán. Es una estampa típica de las que ya no se ven, que rebosa llaneza y naturalidad simbolizadas por un hombre que carecía de artificios y lo hacía todo como le brotaba, a la pata la llana.

Vivió en la clínica casi como yo mismo, sin apartarse de la obligación ni un minuto y en ella murió, como habíamos hablado muchas veces, cumpliendo con el deber derivado de su misión, como yo quisiera morir.

Fue gañán de los de verdad, de los que dormían en la cuadra y pasaban la noche a duermevela, pendientes del rebullir de las mulas, como las pasábamos él y yo mientras estuvimos juntos.

Por exceso de sentimiento no he hablado de él antes, pero el tiempo todo lo va sentando y ahora me complace mucho rendirle el merecido homenaje de cariño y consideración que merece.

Era todo un hombre como se ve en la fotografía, franco, natural y cumplidor, responsable de cuanto manejaba.

Desde chico anduvo entre las mulas y subió la escala del oficio hasta lo más alto, que no es solo pasar de zagal a *ayudaor* y después a mayoral de tantos o cuantos pares, sino crecer en la estimación pública y en la consideración del mundo por el buen cumplimiento, por la buena ejecución, por el asiento y el peso de las decisiones, por la confianza que engendran, por la tranquilidad que dejan y por el beneficio general que aportan inclinando al mundo a los buenos actos y engrandeciéndolo con los buenos resultados que son siempre los que más convencen y los que más enseñan. Los aprendizajes antiguos eran severos y duros en todos los oficios y en términos que no puede apreciar quien no los haya soportado. La autoridad de un mayoral era tan enérgica e inapelable como la de un emperador romano, pero aquellos principios se metían en la masa de la sangre y disciplinaban el ánimo en términos que resplandecían toda la vida, como resplandecen en el monje y en el militar, pero siempre el mayoral iba delante y entre ellos, las hombradas que servían de ejemplo a los zagales, las hacían sobre el trabajo, apostados a cual hazaña fuera mayor y mejor, que no eran blandunguerías y lo logrado quedaba en los anales del oficio como ejemplo y modelo que siempre se rememoraba con admiración y gusto y hasta con envidia.

Como los demás gañanes de esa clase, Cayetano estaba acostumbrado a todo y todo lo solucionaba procurando que los trastos estuvieran en su sitio y en disposición de servir, como les pasaba a los antiguos maquinistas del tren.

Esa abertura de pecho que se le apreciaba, a pesar de lo grande no es petulante por su nobleza, por su poder propio y natural, que no es sacar fuerza de flaqueza sino poder efectivo y real, contenido por la prudencia y el respeto que sentía desde su época de zagal y observaba para su propio gobierno.

La figura de Cayetano en la clínica, su hombría de bien, su cuidado y formalidad serán permanentes en mi recuerdo mientras viva. Cuantas madrugadas nos buscábamos en silencio y nos tranquilizábamos con vernos y saber que los dos estábamos en nuestro puesto.



Cayetano retratado.

La pata que ahueca es la coxa, apoyándose en la otra para descargarla y que no le moleste la artrosis.

En la mano derecha tiene la larga cuchara de hierro de menear la fritanga. La sartén que cuece es la de mi madre que la tenía reservada para cuando venían los "yíos", que no se descuidaban, para las matanzas y para cuando medían los corredores y se traían por delante al salir de la plaza, media docena de conejos campios o la canal de un cordero. El cordero es la huerta de Santiaguillo, (Ortiz). Los corredores hacían una sola comida después de medir el vagón y sacarlo a los riñones, a eso de las once o las once y media, pero ¡guárrete, que no era menester más hasta el día siguiente.

Cada cosa es un recuerdo, una pena y un estímulo para seguir y refrescar la memoria, que bien lo ha menester.

Entrefilet

La única cosa por la que siento morir es por lo justificado que lo encontrará todo el mundo, diciendo a coro

—¡Hombre, claro! es natural, porque era muy viejo. Y los chicos se irán a jugar, como celebrándolo.

Ese día no podré estar de acuerdo con las gentes de mi pueblo cuyo golpe de vista he celebrado y defendido toda la vida, pero en algo tenía que marrar.

REIMPRESION

En estos meses se ha cumplido el cincuentenario de la imprenta de Moisés Mata, acontecimiento que sus hijos han tenido el buen gusto y el acierto de celebrar con la publicación de un folleto conmemorativo muy presentable, modelo de arte tipográfico, sencillo, limpio y fino. Nada podría haberle satisfecho a él tanto como ver conservada engrandecida y perfeccionada la obra que inició.

Con este motivo se han producido algunos trabajos que son propios de esta obra y que deben figurar en sus páginas como archivo, asegurando su permanencia para información de los venideros. De sobra sabemos que carecen de todo valor, pero tienen ese de aportar materiales históricos, remover nuestra vida reciente y acarrear noticias olvidadas, que sigue siendo uno de los móviles de esta obra, para clasificarlas y analizarlas poniendo de manifiesto la trama de nuestro vivir en la cual cuentan por mucho la facha y las maneras de nuestras gentes.

Los reproducimos por su orden de publicación.

La mata de Moisés

Los chicos de Moisés Mata se van sintiendo viejos. Ellos no lo dicen pero se dan media vuelta para mirar el camino y eso es, como él diría, señal de borrica florentina y de cierta cansera que hace pensar lo que se lleva andando y que para qué tanto, teniendo que volver.

Hace 50 años que Moisés, con la Victoria, (la máquina de pedal), unas cajas de letra variada y una resma de papel, empezó a imprimir recibos y facturas comerciales. Desde entonces ha llovido mucho y ha corrido tanta tinta que si la viera se quedaría asustado y se iría de cená para quitarse de complicaciones, decisión segura que nos obliga a cogerle de la chaqueta y ajustarle un poco las cuentas, por dos razones importantes en la vida alcazareña, la de su propia existencia y la de las imprentas como expresión de las necesidades, de las inquietudes y de las aspiraciones sentidas en el lugar desde que se inició el siglo de las luces y no se si antes, porque las noticias no alcanzan más que al tío Pedro, el Masttrín y Enrique Puebla al principio del siglo actual, que no solo trabajaron la imprenta sin tenerlo de oficio antes, sino que editaron y escribieron las mejores publicaciones que se recuerdan: LA ILUSTRACION MANCHEGA y LA HOJA PARLANTE.

Y de ahí viene todo. Aquellas dos imprentas, sostenidas con el tesón de sus iniciadores y descendientes para atender las necesidades de la comarca, sintiendo la obligación de capitalidad de la Villa, tuvieron muchos aprendices, por lo general de provecho y aunque varios se malograron, como Baldomero Delgado, Paquillo Escribano y el mismo Benigno Alaminos, otros subieron al gallinero y dieron lugar a la floración espléndida que ahora se aprecia en Alcázar y en los pueblos de alrededor.

Uno de esos pollos fue Moisés que, aunque no le venía de casta, logró sostenerse con su trabajo, que no era fácil y empezó a crecer.

Su ambiente era ferroviario neto, por los cuatro costados, hasta por la mujer, pero él no dudó en cambiar la tizne por la tinta, único caso de su familia y tuvo la suerte esa que pregonan la gente, de los que se matan a trabajar y salen adelante con su empeño de ser burros de carga hasta que se mueren.

El lo sabía y lo hacía, pero sin darle mucha importancia y sacándose el mejor partido posible, para lo que le favorecía el carácter familiar, porque los Matas fueron tan serios como de buen humor y ahí están todavía los retoños de los Matas-Delgado, los Matas-Arellano, los Matas-Pérez, los Matas-Castellanos, los Matas-Maderuelo y los de Jacinto y la Piedad, mis más amigos, excelentes personas, bonachonas, que aceptaron las penas de la vida con la necesaria conformidad para que flotaran sobre ellas el buen humor y la cordialidad.

Me place sobremanera aprovechar esta invitación de los chicos de Moisés para recordar a mis buenos amigos desaparecidos y a sus mujeres, que eran unas santas para aguantar las bromas, muchas veces más serias que ellos que lo eran por fuera de cuerpo entero, pero agárrate que chispea.

He aquí la cepa de los Matas que estuvo implantada en la calle Pineda esquina a la Placeta de las Medallas: el hermano Francisco Mata Marchante y su mujer, Agueda Casero Martínez que murió de sobrepeso y por lo tanto joven, dando lugar a un segundo matrimonio con la Vicenta la Carbancera, que lo embuchó y aunque con trabajo, vivió un año más que él, porque ¡vaya unas narices!, en caso de duda, yo la viuda.



Bromas y veras

Como todo lo de la vida, el ambiente bromístico del lugar fue perdiendo terreno y la generación de Moisés Mata acusaba el desnivel aunque se veía claramente su enlace con las anteriores de los zapateros, carpinteros, herreros, carreteros y estacionistas viejos.

Los Matas fueron gente de buen humor pero Moisés era el más chico y eso se notaba mucho y se conoce porque los sucesos u ocurrencias que se producen a su alrededor pierden fuerza o carecen originariamente del vigor y la pujanza arrolladora que tenían los de las generaciones anteriores.

Los cambios de las costumbres sobrevenidos en su época les hacían de languidecer llevándose de las casas a los casinos los centros de reunión, aunque no era tan radical el alejamiento como lo fue después, de ahí que todavía fueran a levantarlo alguna noche dándole serenata y ocurriera aquello del agua de Carabaña que, sin saber qué darles a los que iban buscando el aguardiente o tal vez por darles un chasco, les sacó por la ventana una botella de Carabaña que tenían en prevención para purgar a los chicos y con aquella capacidad de adaptación que se tenía para cualquier aire que soplara, el primero que bebió chascó la lengua y se la dió al de al lado que empujó el codo y garraspeó al bajarlo, sin decir ni pío pero dándole curso a la botella que siguió hasta el final sin que nadie comentara las cualidades del licor, pues el que se pica ajos come y conviene callar para que se piquen los demás, como se vió por la mañana en las callejuelas por el número de posetes y reguerones, sin ninguna torta de Alcázar ni longanizas enroscadas.

Como es natural estos hombres siempre están a la que salta, no se enfadan jamás y desde chicos dan señales de su buena forma. Por ejemplo, Reces, lo mandan a tirar un gato y se está toda la mañana, le regañan al volver y dice que es que había mucha gente tirando gatos... ¡Vamos que!...

Al pasar Moisés en un entierro le pregunta la Marina del estanco que quién era el muerto y le dice que el de la caja...

Estas maneras modificaron el concepto de la celebridad en Alcázar en el sentido ocurrente y bromista, por eso Ulpiano y Cosme fueron de los más célebres de aquí, como Cuartero y José María el de los papeles y esa nombradía daba lugar a sucesos como el de Julio Maroto que le pregunta a un chico los personajes célebres de Alcázar y le contesta que Moisés Mata.

Era raro que este apellido no diera lugar aquí a chascos como el conocido entre el célebre médico legista, doctor Mata y el escritor Bretón de los Herreros que vivían en el mismo piso. Cansado el médico de que llamaran a su casa los que iban a visitar a Bretón en su época de popularidad puso un cartel en la puerta que decía:

"En esta mi habitación
no vive ningún Bretón".

Que fue correspondido con aquel otro de:

"Vive en esta vecindad
cierto médico poeta,
que al pie de cada receta.
pone, Mata. Y es verdad."

que fue contestado con la conocida cuarteta:

"Este médico poeta
a quien así se maltrata,
no visita ni receta,
y por lo tanto no Mata".

La popularidad de Moisés llegó a Villafranca que distinguió a su recadista, Moisés Manrique como Moisés Mata.

Y un día se acercó a saludarle un viajante en la taberna de Federico. Moisés con su sonrisilla seria le testimonió su extrañeza y el hombre se le excusó diciendo:

—Pues usted no será pero no sabe lo que se parece a un buen amigo mío.

Como todos los danzantes, Moisés era muy aficionado a la música. No se comprende un hombre "célebre" que no ande entre los músicos y la mayoría tocando como el mismo Caguillo. Moisés llegó a tocar el acordeón y Gundemaro se extrañaba de las disonancias hasta que se apercibió, actuando el otro de solista, que tenía un rollo perforado y que se le iba el aire por la retaguardia.

Uno de los rasgos más demostrativos de las cualidades de estos hombres era la seriedad, la integridad y el regocijo íntimo en el buen cumplimiento, Ulpiano y Manuel Paniagua no le tenían envidia a ningún cura administrando los santos óleos. Moisés no negó nunca la casta aunque la vida estuviera estrecha y ahí está su chico para demostrarlo, que lo dejó con cuatro riñones y cuatro canales de evacuación por si las moscas, porque ya se hablaba entonces de los atascos del emisario y él se diría:

—Agárrate que chispea y más vale un por si acaso que un quien pensara, que un prevenido vale por dos.

Por lo que íbamos diciendo

En el libro del cincuentenario de la imprenta de Mata, se hicieron algunos comentarios sobre las cualidades bromísticas de la gente de antes, poco de fiar y con unas condiciones de aguante increíbles para los que no conocieron aquella agradable vida.

A Moisés hay que mirarlo con aquella escama y dudar mucho de lo que aparente hasta que no se claree. Cuando le ví retratado en el libro, me dije: —¡Adiós! éste, qué llevará enredado con esa cara.

Porque la máquina no falla, pero ¿qué clase de muecas haría él para que no le conociera ni su padre? Qué maestría para desfigurarse y aparecer con una parálisis facial perfecta en el lado izquierdo, desaparición de las arrugas de la frente, en ese lado, el ojo entornado y como si fuera de cristal, flácidos los músculos de ese lado de la cara y un poco tirante la boca hacia el lado opuesto. No cabe más perfección. Ni Trino le hubiera igualado.

Al verle se queda uno pensando: ¿es este Moisés? Y luego con no haberle puesto letrero se queda uno más en el aire. ¡Y que tenga uno que decir que la viña no tiene marras, estando esparraguillada de punta a punta! Sepa Dios lo que estaría pensando el día que se retrató y quien estaría detrás del retratista enseñándole el pajarito para que se distrajera. Pero la gente hará bien en no creer que Moisés es ese, aunque se le quiera retraer algo, pero nada, ni por el forro. Moisés se murió y su cara sólo vive en el recuerdo de los que le conocieron y él estará mirando por el agujerito del cielo, diciendo:

—Verás ahora el lío que les armo, que no me va a conocer ni su abuela. Y se puso tan serio como de costumbre, con un ojo en el cielo, otro en la tierra y la boca tirante como si fuera a decir:

—¡Uh!...

Y así se quedó y se escondió para que nadie le viera ya a derçhas nunca. Y la gente de ahora dice: —¿Pero es este el hombre de la imprenta?. No parece tanto, qué gestos hace, como si quisiera reír sin gana. ¿Por qué guiñaría el ojo como para espantar a los chicos que le mirasen?

Tiene razón la gente. La gente siempre tiene razón aunque no sepa por qué.

Hay que recordar a Ulpiano que está bien claro en el libro primero de los de Alcázar. Quiero decir que está bien claro que no es él, con un desplante y un aire de recelo y prevención, como de saber que no se acercaría nadie a él que no fuera para hurgarle y tenía que vivir en guardia permanente.

Moisés no era tanto y los tiempos cambiaban mucho. Moisés quiere más bien hacer reír y gastarles bromas a los papanatas que se embobaron con los gestos de su cara o los garabatos de su persona, como si los pillara descuidados en la calle y los asustara por detrás, siguiendo su paso como diciendo:

—Tío, yo no he sido.

Otra cosa notable del libro es la fotografía de colores que figura en

una de las páginas primeras, que es magnífica y acredita los adelantos logrados en los talleres de la Villa. Como no han foliado las páginas no puede citarse en la que figura, pero es de las primeras. Hay que conocer las imprentas por dentro para saber la cantidad de prudencia que encierran estas omisiones para no meter el cuevo. Moisés no lo hubiera hecho mejor con toda su cautela ni más a la sordina, pero lo chocante, lo verdaderamente insólito, es que Santa Quiteria y la Trinidad están dando al mar, un mar azulado, azul marino, claro, sereno como pocas veces se habrá visto en Alcázar, bajo un cielo blanco de sol radiante. A este mar van a parar todas las corrientes azulencas de la plaza cortando el cauce natural, según lo marca la canal maestra del centro y que quieras que no, cruza el bosque y se mete por el boquete de las cordeleras.

Tal vez tampoco se haya visto nunca una fotografía tan buena de la plaza ni que resalte tanto lo chato de Santa Quiteria. Se ve que le falta un brazo entero y que como todos los mancos se carga al lado opuesto por su propio peso.

En cambio no se ve a Don Quijote, no sé por qué, pues esta publicación, como otras cosas de Alcázar, es netamente quijotesca. Tal vez haya salido así sin pensarlo, por aquel sentir soterrado de las hazañas quijotescas de acreditarse por sí mismas, sin necesidad de que ninguna otra cosa las realce porque para muestra basta un botón.

Callejero alcazarero

La Imprenta de Mata ha publicado un plano de Alcázar, hecho por la experta mano de José Luis Samper.

Mi experiencia me permite augurarle una gran utilidad, incluso para los que alardeamos de conocer la Villa y nos hemos quedado sin saber dónde estamos con la nomenclatura de las calles.

Hace 23 años que trazó Chaves el plano anterior con destino a la obra Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha, que figura publicado en la contraportada del fascículo II y ha prestado muy buenos servicios a las múltiples personas que llegan al pueblo y necesitan conocer su callejero para desarrollar alguna labor. Por eso aprecio el beneficio que reportará este nuevo plano que contiene las modificaciones de los años últimos y por eso lamento más que nadie que los nombres no sean en su totalidad de raigambre alcazareña en lugar de esos tan ilustres como carentes de significación local, con las oportunidades tan magníficas que se han ofrecido para hacer un callejero perdurable, propio, castizo, claro e inolvidable.

No hay día que no me diga alguien el nombre de alguna calle que no conozco ni sé donde está y me figuro la cara que pondrá cualquier ambulante que pregunte por una calle y vea que la gente se encoge de hombros diciendo que no saben ni han oído en su vida de lo que les hablan.

—Pero mire usted, buena mujer, si es Greco, El Greco o Menéndez y Pelayo o Simancas.

—Yo no sé lo que quiere decir eso. A esto siempre le hemos dicho la Mina o el Porcarizo, y es lo que le puedo decir.

Y el hombre se irá refunfuñando y pensando que la gente de este pueblo somos tontos de capirote.

¿Y la calle de Jorge Juan y la de Júpiter, Tenerife, etc?.

—¡Ay Jesús hija! ¿Qué dice usted?. Aquí no hay nada de eso.

Una cosa clara, muy clara, hay en este plano y es que ninguna de las indicaciones que llevamos hechas sobre los nombres de las calles, ha encontrado eco en la administración, pero hay que reconocer que las denominaciones alcazareñas se hacen imitando las de Madrid y que cualquiera que se pasea por la calle de Castelló de Madrid, le entran ganas de tener otra igual en Alcázar y empieza por ponerle el nombre a un carril trazado en el campo, como el que se entretiene en leer relatos más o menos históricos y en cuanto tiene un chico le bautiza con el nombre del héroe que le entusiasma y le pone aunque sea Napoleón. Este es el fundamento de todo y es inútil pretender y menos esperar que las personas se pronuncien en virtud de unas apreciaciones lógicas y propias de las circunstancias de cada caso particular con lo mucho que les pica el sarampión de las innovaciones que puedan dejar recuerdo de su gestión.

Cualquier esfuerzo o sacrificio, porque lo es, en beneficio del pueblo, merece plácemes, aunque nadie lo aprecie y este de la imprenta mucho más por lo que tiene de poco lucido y de mucho provecho.

Sucedido

Conté una vez y lo recuerdo muchas cuando viene a pelo por los cambios impropios que se originan en la vida, que en una casa muy rica de un pueblo de alrededor al acabar de ver a un enfermo me pasaron a lavarme al cuarto de baño y estaba lleno de patatas hasta el techo, haciendo de cámara, sin más hueco libre que el del lavabo y la bañera por su puesto invisible.

Pues bien, Ariel me dice que una un poco finolis se casó con uno de por allí y tuvo precisión de echar una pieza a los calzoncillos del hombre, se la cortó la suegra, pero le venía escasa y le preguntó a la suegra que qué tenía que hacer:

—¡Anda, leche!, pues le frunces un poco. La muchacha no las había visto más gordas en su vida.

El mismo sujeto, en casa de un amigo le dió gana de hacer de vientre y su mujer, conociéndolo, le preguntó al volver si había tirado de la cadena, contestándole:

—Ves tú a ver, porque no sé lo que he hecho.

Se lo había hecho en el bidé.

DECEPCION

Una de las satisfacciones que me ha proporcionado esta obra es la de reconciliar con Alcázar a muchos olvidadizos que apenas si se acordaban de dónde echaron la pez y de haberles hecho sentir el palpitar de su tierra.

De las más recientes adquisiciones, dicho sea en honor de la verdad, porque como más las considero y aprecio, es la de una chica de Rafael Canillas, mocosilla de la calle de la Estación a la que debí darle algún tantarantán en la puerta de su casa y le dura la perra todavía, pegada ahora al sentir de su pueblo donde habrá que enterrarla, porque no la vamos a dejar en el infierno del Este de Madrid. Quien se acuerde de dónde tenía el horno del yeso el tío Canillas y la humareda que movían entre él y Juan el Mueso cuando quemaban a un tiempo, ya sabe dónde nació esta muchacha que se hizo moza en Madrid y adiós que te vaya bien.

Pues bien, para que no todo fuera por mi culpa y que le entraran bien las cosas le mandé un plano y el callejero hecho por la imprenta de Mata y la pobre chica, que va a estar polleando hasta los ochenta ó más, me escribe compungida diciendo que con esos nombres que les han puesto a las calles casi no se da cuenta de nada. Así, como suena.

Y yo, por mi cuenta y sabiendo que Doña Presentación Córdoba no me negaría nunca la oportuna autorización, le mando al Ayuntamiento, no la queja, sino la decepción de esta paisana que a causa de esa arbitraria nomenclatura no ha podido identificar las calles que correteó, lo cual es una razón más y bastante calificada, en apoyo de mi constante recomendación para que se ponga en las calles los nombres antiguos que son los verdaderos y son los que se conocen y se elijan para rotular los nuevos nombres propios de lugar, que lo son siempre los que da la gente.

Para que veáis que tengo razón y que se hace patria con todo y más con lo que no cuesta y sin embargo ahonda y conserva.

Lo certero de los motes

En el fascículo XXXIX di cuenta de la muerte de tres alcazareños con sincero dolor de mi alma. El sentimiento del que escribe, cuando es hondo y puro, se transmite mucho y como se trataba de personas de mi igual, sencillas y naturales, las nombré por los motes como se conocieron siempre.

El libro no fue de los que más circularon pero sin embargo, hasta de fuera vinieron a dar el pésame a la familia algunos que no tenían conocimiento de la defunción y que los conocieron enseguida aunque para ellos se distinguían como fulano de tal y cual, pero "le decían eso que dice el libro" y tiene que ser él. Y vinieron y acertaron, porque ya no había pájaro en la jaula.

Conservación de estos libros

Algunas personas que se interesan por la conservación de esta obra preguntan sobre la mejor forma de tenerla y poder utilizarla en su lectura. Son muchas las que la tienen encuadernada, cosa que me consta por las dedicatorias que me piden y cada uno a su manera, según su gusto o su necesidad, pero en cuanto a su volumen, la pauta la dió hace años la chica del Chimeneón —Elisa Ramírez— haciendo un tomo con cada diez fascículos con lo que al distribuirse éste serán cuatro tomos, que resultan cómodos y prácticos para su manejo.

Ella, que practica la encuadernación como uno de los aspectos de su refinado gusto y ha logrado en tan difícil arte una envidiable perfección tuvo la generosidad de obsequiarme con los tres primeros encuadernados con ricos cueros repujados en oro y papeles estampados de uso internacional, pero no hace falta tanto para tenerlos recogidos sin que se pierdan por si tienen alguna utilidad después, basta una encuadernación económica, pero eso, sí, de diez en diez. Yo, torpemente y porque veía que me quedaba sin ellos, me hice para su manejo en el trabajo dos tomos con todos ellos y fue una equivocación por lo mal que se manejaban, pues resultan como dos tomos del Espasa, así que la encuadernación a gusto de cada cual pero el volumen de diez en diez, es lo que la experiencia indica como más cómodo para su manejo.

Hasta aquí lo necesario y el fondo de la cuestión, pero hay un trasfondo, para mí conmovedor y de ineludible agradecimiento, al ver a tantos paisanos resguardar los libros de posibles extravíos, negándose terca-mente a prestarlos y poniéndolos en las bibliotecas que han de transmitir a sus hijos como parte de su herencia, junto con la mantellina de la abuela y el traje de boda del abuelo. ¡Qué hermosura!

Junto con ello, ensombrecido por ello, confundida en el cúmulo de recuerdos está la evocación alcazareña de Elisa, que suele pasar por estas páginas sin que nadie sepa quién es ni si existe o no existe o es una mera ilusión a manera de estrella fugaz que hace su aparición deslumbrante y desaparece en el espacio sin saber hacia dónde ni cómo. Pudiera ser un sueño tenido en aquel descampado medroso del Chimeneón que va no se recuerda ni de oídas, como las cambroneras y las abuzaeras. De vivir Cayuela, que fue el duende postrero y el guardián del Chimeneón, nos podría hablar de sus torturadas embriagueces en aquella desolación, de los ruidos en las noches tenebrosas de figuraciones y visiones que ya no sabemos si son sueño o realidad o solo fruto de la deslumbrante lucidez alcohólica de Pepe Cayuela, lograda, que hasta mentira parece, con las "cortinas" de la frontera taberna del Siro que eran agua pura

Cuántas satisfacciones nos dan estos libros y con cuánto agradecimiento nos obligan hacia todo el mundo.

REMEMBRANZA

Con motivo de aproximarse la fecha del veinticinco aniversario de la publicación del FERROCARRIL CATOLICO, acude a mi memoria el recuerdo de las publicaciones alcazareñas fenecidas, todas las cuales fueron mucho más presuntuosas que el FERROCARRIL, pues no en balde eran obra de juventud, sin que a pesar de eso o tal vez por eso, ninguna alcanzara la longevidad de éste ni mucho menos.

Nos referimos a las publicaciones auténticas, con vida propia e independiente y alguna ilusión que realizar cuyo prototipo puede ser LA ILUSTRACION MANCHEGA o TIERRA MANCHEGA, no aquellas otras más numerosas y combativas, nacidas para cubrir necesidades electorales y desaparecidas apenas concluida la votación, con notoria equivocación y pobreza de quienes las costeaban, pues la política no puede consistir en agraviar al adversario y crearle una atmósfera de desprestigio para quitarle votos. Ya ha habido conatos de esta clase de publicaciones, pero volveremos a encontrarlas en todo su esplendor y no estaría mal que no empecaran.

Aparte los impulsos juveniles, de fondo amoroso indisimulable, las publicaciones locales surgieron de la emulación despertada por la prensa de Madrid ampliamente reseñada en diversos capítulos de esta obra, fundamentales para el conocimiento de la vida local, es decir que fue el ambiente alcazareño, lo de ser o querer ser segundo Madrid, lo que las originó, lo mismo que la afición al teatro. El caso de la ILUSTRACION MANCHEGA, movida con ciertos aleteos remotos del romanticismo, no puede ser más característico ni más representativos sus hombres, Antonio el Maestrín, Julio Lescorboura, el fondista francés y Gaspar Santos, fundamentalmente. Como lo fue LA HOJA PARLANTE no menos idealista enarbolando la bandera del liberalismo alcazareño, de fondo religioso austero y digno, como instaurado por Don Tomás Tapia y por lo tanto con tendencias anticlericales, por lo de la cuña de la misma madera, que asimiló íntegramente LA HOJA y sostuvo con ágil viveza, tenacidad y aplauso, Enrique Puebla.

Hay que consignar sin embargo, que esta HOJA, tan acertadamente titulada, recibida con franca simpatía y esperada con anhelo los días de su publicación, no logró la difusión y la firmeza de las otras publicaciones citadas. Y el que no la lograra es un hecho relevante de la psicología alcazareña, enemiga de los extremismos, pues se debió a su matiz anticlerical dimanante del sacerdote Don Tomás Tapia, perceptible aunque velado y decisivo, contenido por la formación y la educación. No solo circuló menos de lo que había derecho a esperar por la gran masa ciudadana que la apoyaba sino que vivió menos tiempo del debido y que merecía por sus virtudes cívicas que nadie ha igualado después.

TIERRA MANCHEGA surgió de las necesidades públicas más apremiantes y tendrá siempre en su favor el haber contribuido a resolver el problema de las aguas y su evacuación, problema general, igual para todos los barrios y familias que sólo un criterio ecléptico que supiera hacer-

lo comprender y aproximar a los vecinos unos con otros, podría ayudar a resolverlo. Y ese fue su acierto y su logro en perfecta concordancia con el sentir general. Otras publicaciones posteriores, partidistas, estridentes o acomodaticias, no lograron el acatamiento de la opinión ni siquiera el de la mayoría de sus correligionarios, porque Alcázar tiene ese factor distintivo para todos los colores demasiado vivos o deslumbrantes, que por hacerle daño a la vista, cierra los ojos y los aparta para no cegarse y tropezar.

Este FERROCARRIL, última y superviviente publicación que podemos considerar y que ya, por su larga vida, podemos incluir en la historia, echó sobre sus hombros una obligación moral, que habrá que agradecerle siempre, la de hermanar a todos en el amor a Dios sobre todas las cosas, que es el bien, apartándolos del odio y del resentimiento e induciéndolos a abjurar del rencor y del temor, de la zozobra y de la escama íntimas, haciendo posible la confianza y la tranquilidad perdidas en una racha cruel de ofuscación y fragor.

No eran momentos de discusión y análisis sino de duelo y meditación para rehacerse entre los detritus de la riada, recorriendo con la Cruz todas las estaciones de la vía. No le era menester para tal misión lujosa indumentaria, conformándose con la túnica del fraile y el cilicio de la penitencia que le eran más propios. Tampoco los alardes de conocimiento y sabiduría que no le fueran necesarios al simple lego para caldear el templo con su fe.

Ninguna concesión a las vanidades del mundo salvo el saludo de bienvenida a los recién nacidos y el de despedida a los muertos, por aquello de saber con quién había que contar o dar de baja en el recorrido de ese calvario como única esperanza verdadera de encontrar la salvación en el amor fraterno.

Se destaca en ésto un hecho fundamental, el de que en todo este siglo, Alcázar ha necesitado órganos de información e intercomunicación, que los ha creado y sostenido y, que incluso en la difícil época reciente no le ha faltado la voz de la estación, única posible, tal vez débil, pero en medio del silencio destacaba mucho y despertaba ilusionada curiosidad de noticias que nunca se producían pero que no por fallidas dejaban de renovar la esperanza para buscarlas en el número siguiente como las soluciones de las charadas de Novejarque. Y así 25 años que no ha dejado de tañer esta esquilita monjil llamando a la reconciliación con timbre apagado, pero claro, traído por los vientos desde alturas remotas como nos llega el eco de la campana lejana en días de ventisca y frialdad.

Otra cosa laudable, excepcional y justificativa de la regularidad de la marcha del periódico, es que en todo ese tiempo, el timón no ha salido de la mano prudente, perseverante y ecuánime de Don Leandro Gómez, Don Leandro el de la estación, porque el maestro, que era su padre, ya murió.

Esperemos que este hombre del puesto de mando siga metiendo el tren a su hora mucho tiempo todavía y deseemos que si sobrevinieren tiempos de tribulación y extravío en la nevada sierra, no nos falte nunca el repicar orientador y confortante de la campana amiga.

Recuerdo con especial complacencia las que le hacía la mujer al hombre los domingos a primera hora de la tarde, después de vestirlo majó, porque lo vestía materialmente, empezando por lavarlo, con todos los intrínsecos que esas manipulaciones llevan consigo. Se mascaba la satisfacción de la mujer, atendida y atenta a que su hombre fuera donde los demás y con similar acondicionamiento y se veía a la legua la blandungueta del hombre dejándose manejar como masa modelada por la mujer que hallaba en su distracción y espartamiento el mejor resorte para su dominio y gobierno.

Podría citar muchas puertas y portafallas en el curso de las siestas veraniegas, con idilios amorosos y con despedidas de no menor ternura de las mujeres a los hombres que se iban al zurra. ¡Qué felicidad!

Las puertas se abrían sigilosamente, sin el menor ruido, como por resorte, en el silencio augusto de la calma y salía el hombre de punta en blanco. Tras él la mujer de trapillo, mirándole y quitándole algún hilacho que tal vez no existía y era un mohín o señal de cuidado y atención. Ni una palabra ni una caricia, que se adivinaban pasadas, pero cuánta ternura en la muda despedida y cuanto anhelo en la mujer que le veía marchar desde el hueco de la puerta hasta perderle de vista, sin que él, como harto, volviera la cabeza en todo el tiempo.

La mujer conoce como nadie esa condición y como se duele de ella, la maneja con soltura y habilidad insuperables para tener siempre las riendas en la mano; le espera a la vuelta, como el árabe que se sienta en la puerta de su casa sin prisa para ver el cadáver de su enemigo pasar. Pero la vuelta del zurra tenía de todo menos bueno y ningunas ganas de fiestas y aunque no fuera malo de verdad, la mujer tenía que hacer costilla y aguantar prudentemente reconociendo que no estaba el horno para bollos, hasta que salía el sol, más o menos enmarañado, del lunes y resignarse para que se fuera pronto porque el hablar era peor.

La mujer sentía el poder del varón y se amoldaba a las exigencias de cada momento esperando el de su preponderancia. Se la veía cuidadosa y diligentes en el cumplimiento de sus obligaciones para que no tuvieran que decirle nada y menos regañarle. Incluso se miraba mucho en provocar el cortejo. Conocedora profunda de las necesidades y deseos de su compañero, le atraía desde las distancias más remotas y con las insinuaciones más indirectas y menos perceptibles. Tocaba el reclamo, sí pero con qué disimulo y habilidad y con qué sorpresa, haciéndose de nuevas, cuando se veía solicitada y se dejaba cortejar con el regocijo íntimo de ver triunfantes sus taimados intentos pero como si no hubiera pensado en tal cosa ni dado ningún motivo para que se realizara.

Marchaba así la casa en perfecta armonía, gobernada por ella, que es lo bueno, pero fortalecida por él que es lo indispensable y mantiene la paz, perceptible incluso en esas despedidas domingueras de reconocimiento tácito, no del derecho, sino del deber que tiene el hombre de

echar el truke y retrucar, aunque no sea más que una vez en la semana. pues toda mujer está conforme con mandar pero ninguna con ser ella la que imponga la autoridad, cuando lo que desea y necesita es que la sometan a ella la primera y vivir exenta de responsabilidades por no acertar a gobernar sin guardainfante.

NOCHES TOLEDANAS

No sé por qué les llaman toledanas a las que son de veras noches malas y dudo que pueda ser por los mosquitos que decía Covarrubias. pues hay muchas razones históricas para pensar que en Toledo se debieron pasar canutas en muchas ocasiones y a prueba de los ánimos mejor templados.

A los viejos en general no les escasean los noches toledanas, con la agravante de tener que sufrirlas cuando ya no pueden defenderse en ellas de ninguna manera, pues la soledad, compañera inseparable de la incapacidad, se enseñorea de su vida sin que sea ni mucho menos excepcional, que se vea sin comida o con pan y lo que haya y sin lumbre en las tenebrosas noches del invierno helado.

Que grande, que inmenso es llegar a viejos y contemplar abierto el gran libro de la vida con todas las hojas del testamento, ni el viejo ni el nuevo sino el eterno. Y que enorme el silencio que hay en el aposento que tan poco le falta para ser el de los muertos. Tu mismo, arropado, te ves como enterrado y aparte de lo que sabes que bulle por la calle, pues aunque te tapas oyes las pisadas de quienes cruzan por la calzada mientras te echas las mantas y aguantas, como si en tu casa ya no hubiera nada. Y cualquiera que entrara así lo pensaría, no viendo nada, la quietud, el silencio, la casa helada y ni asomo de gente ni vida de nada. ¿Qué cuentas te haces debajo de las mantas con la cabeza tapada? ¡Ah!, echate las mantas por la cara, piensa en las demás circunstancias y verás como te ves enterrado y no extrañas que muchas personas que no están tan locas ni tienen esperanza, liquiden y se vayan en busca de la nada.

Como estás helado y tienes catarro, las toses del viejo suenan en el hueco del aposento como en un cajón cerrado, aunque solo él lo oye y nadie se pone en cuidado ni se inquieta por si pudiera haber algo en la caja aquella que parece que suena y se rebulle lo que tuviera.

Al cesar la tos, se apaga el murmullo de la poca agitación y en el frío silencio de la madrugada se perciben mejor las pisadas del hombre que pasa, el pitido de las máquinas, el perro que ladra y el coche que corre en busca del tiempo que le falta. Nada al viejo le hace compañía y como si eso poco le estorbara, el viejo se tapa y se vuelve hacia la tapia por si se durmiera y descansara, que le hace buena falta, porque aún sin dolencias malas todo se le amarga.

La lotería de cartones

Con motivo de recordar la implantación del juego de la lotería de cartones en el Casino Primitivo, que se acordó en la junta como una gran novedad y recurso infalible para allegar fondos, salió a relucir, una vez más, la figura del Catre —Domingo García— a cuyas cualidades personales, nada tranquilizadoras, quedaron unidos de por vida, el nombre de este juego y el de su taberna y churrería. A esa lotería, como a todas, porque el azar atrae a la gente, se ha jugado en todas partes y puede que todavía en algunas, pero la fama fue de la del rincón de la plaza.

En el casino hizo poco furor la moda, por no ser juego de viejos ni de señoritos, pero la taberna era un hervidero y en cuanto los mozos salían del trabajo ya estaba de bote en bote y hasta las tantas. Allí se cantaban los números con general algazara y en un ambiente de gresca, casi siempre anteponiendo al número un nombre simbólico, pero a continuación era confirmado por el suyo verdadero y gran vocerío de la concurrencia.

Modernamente los ciegos que por razón natural son personas concentradas e imaginativas, han ampliado la nomenclatura figurada de los números y a cada uno le aplican un calificativo para aumentar su atracción y su influencia taumatúrgica, pero sin gran acierto, la verdad sea dicha.

Deseoso de no omitir en esta obra ninguno de los detalles recordados de la vida de la Villa y haciendo memoria de lo visto y oído por aquellos andurriales, uno de los que más claramente veía llegar de por Santa María, era Pitoto, por entonces amasador y conocido únicamente por ese nombre que él atendía de la manera más natural del mundo, sin que yo me explique por qué le parecería mal después y hasta dudo de cual fuera la causa. Tenía entonces las mismas características con que se le conoció después, unas más exaltadas, como la inquietud y el impulso inicial, que se moderaron mucho con el tiempo y los desengaños y otras reveladoras de la inmadurez de la edad. Siempre lo veo entrando en la lotería, anochecido y como de 15 o 16 años y viendo que se me iba, en la feria del año 1969, el día 8, escribí la siguiente carta que conservo porque me la devolvió contestando en el respaldo lo que le preguntaba, pero ya no con su letra sino con otra más preparada. Le decía:

"Amigo Antonio: Te acordarás de la taberna del Catre en la Plaza y de lo que se juntaba allí al salir del trabajo y los domingos por la tarde. Y de las "alcagüetas" tan ricas que preparaba la Morena. Te acordarás también que a los números de la lotería les daban otro nombre además del suyo propio y que lo cantaban antes. El que lo hacía solía decir: los dos patitos, el 22 las banderitas de Italia, el 77, el 3, terno etc. Pues bien, ¿qué nombres eran los de los demás números?. Si no te acuerdas habla con alguien y repásalo, lo apuntas y me lo mandas. Habrás leído lo de la taberna del Siro en el libro último y te agradeceré que en la misma nota me lo confirmes o rectifiques. Deseo que estés bien y te manda un abrazo tu buen amigo Rafael."

No fue su explicación lo completa que yo esperaba, pero sí suficiente para que se conserve el recuerdo de lo que fue. Él lo rememora recordando a Braulio Gascón que lo cantaba muy bien y con campanuda voz y a Millán el del agua o Julián Zarco, aprendicillos de la albañilería:

—¡Que va bola!. El niño, el uno; ambo, el 2; terno, el tres, abajo, el seis; arriba, el 9; calabaza, el 8; el 10, palillo y tambor; Los calzoncillos de Sixto, el 11; cara sucia el 13; el 14 caga torció; la niña bonita, el 15; el 17 San Antón, el 20 San Sebastián; los dos patitos, el 22; el 24 noche buena; el 25 Vicentico; el 33 la edad de Cristo; el 55 la guardia civil, el 66 los alpargates; el 69 arriba y abajo, el 77 las banderitas de Italia; el 88 las dos calabazas y el 90 el abuelo. El que hacía pleno se alzaba gritando para detener la partida.

No recuerdo ningún local alcazareño tan diariamente repleto de gente joven y fogosa con los citados *cantaores*, Pepe Camacho el carpintero, Saturnino Beamud y cien más, tanto de arriba como de abajo, pero más de allí, que recordándolos y con el papel delante le hacen a uno preguntarse. ¿Y a quién se lo digo? ¿Para qué lo escribo? ¿Cuántos habrá que puedan acordarse del rincón del Catre?. Pocos en verdad, casi podría contarlos con los dedos de la mano y además desgastados por las amarguras de la vejez, pero con todos, vivos y muertos, he conservado la relación amistosa durante toda la vida y con algunos, como Antonio Montealegre mismo, muy frecuentada con los trabajos y una confianza y una lealtad a prueba de desengaños.

La peor sensación del viejo es la de la soledad y la extrañeza que le produce al volver la cara, ver las miradas dudosas e interrogantes que parecen preguntarse, ¿quién será este pobre hombre? .

Todos los muertos han dejado en mí profundo pesar que no puede comprender ni su familia y pocos se habrán ido sin confiarme sus cuitas y decirme adiós, dejando sus penas en el arca cerrada de mi corazón. Su memoria es para mí sagrada y aleccionadora por lo general y mi satisfacción plena de haber merecido total confianza de personas tan buenas, tan honorables y tan nobles que me hicieron el honor de considerarme amigo suyo hasta para reñir, porque más de una vez me ha tocado hacerlo con las familias por obligación de defender a los muertos.

Sucedido

Antonio Ortiz, médico del Campo, tuvo un tiempo que vió enfermos de por aquí y a uno de la Alameda el sacó que tenía azúcar, prohibiéndole los dulces, el pan y el melón.

Se presentó el matrimonio de visita en casa de Urrutia y, al preguntarle por la salud, dijo el marido que valía más haberse muerto él que la mula, que hacía más trabajo y más falta en el mundo, "porque a ver qué se le parece a ustés, de pan ni catarlo, solo unos picatostejos que me hace ésta y de melón sí, porque al fin al cabo este año los son pepinos, pero si nó na".

RELATORES Y RELATOS

Nicolás Rodríguez Sevillano, el herrero que se hizo ingeniero machacando, nieto del tío Elías, el de la fragua de El Romeral y que sigue como cuando estaba en ella de llano y natural, tiene unas salidas que él las explica con la propiedad del que las ha mamado desde chico, por eso es un ingeniero de cuerpo entero, de los que están en el taller y no en la oficina firmando oficios y archivando papeles sin ver la obra ni por el forro.

Pues bien, la salida es que cuando machacan a un tiempo el maestro y el oficial sobre el mismo hierro y hay que darle la vuelta, el maestro da un pequeño golpe en el yunque, como pidiendo paso y entonces el oficial pierde un golpe al que se llama salida, porque permite al maestro dar la vuelta al hierro sin perder el compás del martilleo que se oía antes a larga distancia de todas las fraguas de los pueblos, por las mañanas con la forja y por las tardes calzando ejes o *abuzando* rejas.

Con la calda y el martillo le echaban piezas a los hierros tan perfectas como se las echaban las mujeres a los pantalones de pana que a última hora eran solo piezas porque no todos los días se podían hacer unos nuevos y esas quedaban exactas como un embaldosado de remiendos si las manos de la mujer eran suficientemente primorosas, como lo son las de Nicolás para escribir aunque hay que conocerle para entenderle, de tanto como embute y saber que no es lo mismo empalmar a martillazos que soldar con la autógena, pero las cosas se quedan dentro y repitiendo la lectura se le saca zumo hasta la décima vez o más, que se vea derecho el ojo guiñado de los ies.

Nicolás tiene de común conmigo bastantes cosas, aunque no las digamos porque nos esté mal el decirlo y entre ellas el amor a esta tierra reseca que en El Romeral es todavía peor, lo que se dice yeso puro, pero que se remoja y hace cuerpo y si no se le ve la punta es porque la tiene dentro, pues la gente es pareja y naturalmente áspera, de la misma tela de aquella alcaldesa de por aquí, aunque más bien largo que cerca, que fueron a dar un festival taurino los Bienvenidas llevados por Curro Mejoja y durante la recepción en el Ayuntamiento, cuando todos estaban sentados en la mesa se presentó la alcaldesa. Curro y sus acompañantes se levantaron e hicieron ademán de dejar paso para que ocupara la presidencia:

—Quiá, dijo ella muy diligente, no se molesten, y se metió por debajo de la mesa hasta llegar a su sitio.

Otra vez echaron guardias alojados como era costumbre cuando pasaba el Rey y alguna mano precavida mandó al teniente a una casa de la plaza donde había varias solteronas.

En uno de los cuartos de esa casa, como era usual también, tenía la música la academia, pero esa noche no ensayaron porque desde el cuarto se veía la habitación del teniente con la que le arreglaba la cama, pero un veterano cogió la trompeta y se salió a la plaza tocando generala. Al momento aparecieron varios números y el teniente abrochándose los pantalones que al darse cuenta de la broma le dió una torta al corneta, que lo era el tío Francisco.

Cambio de fisonomía

Quienes recuerden las fotografías que llevamos publicadas de esta plaza y las compare con su estado actual, encontrarán muchas diferencias, unas propias de este paraje y otras comunes a toda la Villa y aún a la comarca entera, porque en todas partes cuecen habas.

El dinero y el amor no pueden estar ocultos, dicen y eso es lo que más se ve aquí, aparte del desmedido afán de vestirse todo el mundo igual en el bazar de ropas hechas. Las cosas están mejores, mucho mejores, nada más que son otras, que no es solo que hayan dejado de verse los pantalones de mandil, es que tampoco están los hombres ni se sabe donde se han metido.

Las solanas de esta plaza estuvieron siempre muy concurridas, como las demás del pueblo, pero ahora no y para los días malos tenían sus rincones protectores, fundamentalmente la zapatería del Cojo de la Rochana, acogedora como ninguna, la carpintería del Rulo y la taberna de Marcelillo y algo en la fragua del tío Pedro.

Rara vez se veía esta parte del Arenal falta de corrillos de viejos o desocupados que, aún estándolo, se ejercitaban en ir y venir sin sentirse y respirar el aire libre.

Creo que el hogar hecho en el matadero sea la causa de que el Arenal y otros puntos de reunión, hayan quedado desiertos, dejando las esquinas desamparadas de los puntales que las sostenían. Es natural, el hombre propende al menor esfuerzo y el cuerpo se deja de caer como el plomo en los holgados sillones que se fabrican.

Desde chico he pataleado mucho esta plaza, no solo por haber nacido en sus inmediaciones e ido a la escuela en su proximidad, sino que después me he sentido siempre muy afín de sus moradores que me acogieron con gran afecto, aparte de estar emparentado con muchos de ellos, pues no en vano es el solar de mi prolífico bisabuelo Facó que con Sánchez Mateos poblaron el paraje.

En los diferentes trabajos que he desempeñado he ido al Arenal o cruzado por él a diario y a todas horas del día y de la noche y desde bien pequeño me eran familiares hasta los cantos y conviví con las personas mayores de por allí como con las de mi propia casa. Por eso hablo de todo sin esfuerzo a pesar de mis cuarenta años de enclaustramiento y si algo me falla no es el recuerdo sino los cambios que han introducido, que es lo que me choca y siento, como pasa hoy al echar de menos en las aceras del sol la alcagüetería que las distinguió.

Hay que señalar sin embargo una tertulia residuaría que resiste los embates de la moda y se mantiene al aire libre sobre el puente del paseo del cementerio, de la cual ya tenemos publicada una preciosa fotografía que les hizo Pitos. Allí toman el sol toda la tarde y ven el pueblo en perspectiva próxima, aunque les han puesto ahora el telón de una casa modernista es la esquina de los consumistas, donde Justo chocano tenía su taller de la pólvora y su bodeguilla.

El tráfico del cementerio, que es uno de los más constantes y variados de la villa —caserón del conde, en el polvo das— proporcionan motivos de conversación variados a los concurrentes sin que se deshaga nunca la reunión por falta de cháchara como pasaba en otras solaneras que agotado el chismorreillo del día se deshacían las reuniones por aburrimiento después de largos silencios.

Que viene el revisor

Más o menos, todo el mundo se pone serio a su llegada y se ponía antes más, porque cuanto se hace en abundancia pierde cualidades de distinción, aunque el ejecutante mejore de situación a veces.

La vida antigua del revisor era mucho más ruda y hasta peligrosa, pero las condiciones de su trabajo le convertían en el sabueso del tren, se le temía y había cierto antagonismo entre el público y el empleado, porque al viajero se le ha tratado siempre con cierto despotismo, no con afabilidad de cliente, a pesar de ser el pagano. Les ha faltado a las compañías y le sigue faltando a la Renfe, espíritu de servicio y necesidad empresarial, sin duda por vivir en régimen de monopolio y tener el negocio seguro. Los desplazamientos en masa de la multitud, sobrepasando todas las posibilidades, han redondeado la incomodidad, pero el revisor viaja como un señor, definidor de los reglamentos que, llega, medita inquisitivamente como si acusara, pica, apunta y se va en silencio dejando el descanso de no haber encontrado ninguna falta o más bien que ha perdonado, alzando el brazo, todas aquellas que son inevitables en la vida: podemos dormir tranquilos.

Ahora sólo se ocupa de los billetes, pero antes tenía un trabajo fenomenal porque la gente se empeñaba o se veía obligada a hacer trampa y meter viajeros de matute o llevar una tonelada de mercancías cada familia, que hasta mentira parece en aquellos coches que sólo tenían dos bancos de tablas y dos vasares para cada departamento, uno frente a otro.

La gente se confabulaba espontáneamente para ocultar a los muchachos debajo de los bancos, detrás de los viajeros o en las perchas entre las mantas tapados con las cestas y las alforjas. Aún yendo solos era raro que el que confesara no tener dinero e ir sin billete, no encontrara en el acto apoyo de todos los presentes para ocultarle en cualquier rincón cuando llegara el revisor. Nadie consideraba falta viajar sin billete, porque al que no tiene el Rey le hace libre, decían y todos exteriorizaban su regocijo cuando se la pegaban al revisor.

El revisor perseguía a los golfillos por los estribos, por los topes, por los imperiales, por las garitas, levantaba a los viajeros para mirar detrás o debajo, tiraba de las mantas, en fin, lo inspeccionaba todo porque todo era susceptible de ocultación. Y cuando había consumos, que entonces los había siempre, entre el revisor y los del resguardo tenían en vilo a los viajeros hasta que se veían en la puerta de Atocha, haciendo mucho más grato, por más heroico, el pasar algo sin pagar, que buena falta hacía.

El árbol de mi ventana

Le veo todas las mañanas antes del alba a la luz de una lámpara que hay en la calle y lo ilumina desde arriba dándole a las ramas secas y pálidas un ligero matiz verdoso como de residuos de vida. Igual veo a la María Juana, mi vecina. Son dos vistas que me emocionan y maravillan.

El árbol lo tengo encima y enfrente la María y les veo los cambios día a día, pero lo que más me impresiona son esas hojillas que resisten verdecillas en las puntas de las ramillas más altas, las madrugadas tan frías que todo lo aniquilan. Y las veo temblar, tan chiquitillas y tan tiesecillas, movidas por el aire helado que precede al día y cuaja la escarcha en el tejado de mi vecina. Ella es tan templada como esas hojillas. Todo lo que le rodea es seco, ruinoso y muerto, igual que el arbolito, pero ella resiste más firme que el acero y da ejemplo de lo que puede un ánimo bien dispuesto.

¿Qué hilo de vida tendrán esas hojillas en la última punta de la rama fría, con los troncos secos y los palos yertos por los fuertes hielos?. Se mantienen enhiestas, tiesas y derechas estas hojillas, sin que las doble el viento, como todo lo pequeño, que se mueve entero, personas y cosillas pequeñillas.

El aire frío es como un hilo de acero o un filo de corte muy fino, pero esas hojas lo aguantan, lo soportan y no se caen como se cayeron las otras y aunque se muevan no se doblan.

Se sabe sin embargo que a estas hojillas tan templadillas y heroicas que se mantienen firmes contra la crueldad del tiempo, se les secará el rabillo y se las llevará el aire a fecundar la tierra de que proceden y que la María Juana y yo, testimonios residuarios de una floración que pasó seremos igualmente abatidos y vueltos al lugar de origen, como es de ley al completarse el ciclo vital de cada ser, por mucha que sea su fortaleza y por grande que parezca su resistencia ante los embates de la vida.

La María Juana y yo nos hacemos compañía a distancia, es más bien un presentimiento que una realidad, la certeza de sabernos próximos, de oírnos de toser y de ver nuestras sombras alguna vez que otra, según los tiempos, porque el árbol nos pone en el verano la cortina de su follaje aunque ella me ve por debajo y sabe al dedillo por dónde ando, cómo y cuándo. Es sorprendente que las personas se compenetren hasta sin verse y puede ocurrir que hasta se molesten como dos compañeros corrientes

En medio de la indiferencia que rodea al viejo, esa proximidad etérea, representa una gran compañía. Es un bien esta fiscalización y un miramiento respetuoso el de lo que pueda pensar de uno persona tan cuidadosa, tan vigilante, tan austera, tan firme en su posición que se hace admirar y sentirse uno empequeñecido ante la inmovible entereza de su carácter y su increíble capacidad de renunciación

¡Qué madrugadas!. El cierzo helado penetra por las rendijas con un silbido finísimo y con él el pitido de las máquinas del tren. Hay un silen-

cio total en la más completa oscuridad. Tiran de una puerta que estaba encajada y da el llamador en la alcayata. Ya está ahí la María Juana sin que se la oiga para nada. Barre sigilosa, se tapa con el mandil y se vuelve a subir.

Como no duerme le da otra vez la vuelta a todos los muebles y se pone al tanto de lo que sucede con el vecino de enfrente que siempre tiene belenes, con los cuales se entretiene la María hasta que se duerme ya buen rato después de que anochece, aunque ella se conserva a duermevela para que no se le pase nada de lo que suceda.

Esta es la soledad de las quinterías, que se ve lumbre a una legua y consuela por saber que allí hay alguien que te puede socorrer en la noche negra, si se terciá. Así es la compañía de la María Juana, ilusión más que realidad, pero el hombre no puede vivir sin ninguna ilusión y sin alguna esperanza y se consuela aún con la presencia de un pájaro que vuela y huye como el viento y le sume en la frialdad del hielo.

Sucedidos

Los de la Alameda, cuando iban de caza y pasaban por la Hidalga pasaban a echar un trago con el casero y no era raro que fuera Don Ricardo el Párroco.

En esta ocasión iban en un remolque, pasaron, llamaron y con el casero salió el perrillo que ladrando no los dejaba de entenderse y el casero, amenazando al perro, empezó a echar tacos y se subía tanto que el Jaro del Gato, comprendiendo que no había visto a Don Ricardo, le dijo a éste:

—Don Ricardo, Don Ricardo, enseñe usted un cacho saya, que este hombre nos pierde.

En otra ocasión, el año que se helaron las viñas —que ya os acordaréis cuál fue— estaba todo el mundo esperando que echaran para ver cuánto había sido el daño.

Coralio Roperero iba con la bicicleta y como son tan ligeras y silenciosas alcanzó a un carrete de un borriquillo con un matrimonio viejo de tomelloseros y les fue oyendo la conversación sobre que si el daño no era mucho comprarían para él unos pantalones de pana y una blusa y para ella un toquillón.

Al llegar a la viña y ver el tomellosero que solo relucían las del abrigo del bombo, se bajó del carro tirándoles terronazos. Ella le gritaba que por qué lo hacía y él contestó que para poca salud, ninguna.

Ruido de campanas

Sin campanas, hornacinas sin santos, paredes lisas, imaginaciones que vuelan por el espacio como golondrinas sin rumbo, despavoridas y locas sin un punto de apoyo para descansar.

¿Qué ruido es ese?

Parecen campanas pero no lo son. No son campanas ¿No hay campanas? ¿Dónde estarán las campanas?. Es una musiquilla que las imita. ¿Todo es ficción, todo de mentirijillas, como en la tele, en el cine y en el amor de las cintas? ¿La verdad no existe o se escamotea envuelta en las apariencias ostentosas como los perifollos de un juego de prestidigitación? ¿Se torea de salón, sin toro, dándoles capotazos a las sillas, figurándose las cosas pero sin riesgo, sin emoción, sin espíritu creativo?

¿Qué pensará Gregorio, el ciego, cuando las oiga y vaya a tientas a ver quién pulsa tan chascoteramente el cordel que dejó suave, como ensebado, de tanto tocarlo?

Gregorio al oírlas, apercebido como lo estaba contra las fechorías de los chicos de la calle, con aquella lucidez mental que es todo oído y todo vista sin luz, se volvería sorprendido, extrañado por el juego e iría emocionado hacia el rincón del cordel, extendería su brazo derecho como de costumbre, en ademán de alcanzarlo y el izquierdo hacia los posibles obstáculos y echaría a andar acongojado y con mal genio para ahuyentar a los revoltosos y tocar formalmente las campanas con las que despidió tantos días tristes en aquella soledad solemne del toque de oración que retumbaba en la iglesia con evocaciones celestiales, previsoras y amenazantes.

¡Oh! qué confusión, qué duda, qué desorientación. Gregorio busca, Gregorio tienta, Gregorio comprueba todos los relieves de Santa Quiteria que conoce como nadie, pero no encuentra el cordel, su cordel de toda la vida, con el que se ejercitaba su gran fuerza. Da vueltas y más vueltas y aumenta su perplejidad. ¡Señor! ¿Qué pasa? ¿Quién se ha podido llevar el cordel de las campanas? ¿Quién ha tirado con esa brutalidad dejándole sin poder tocar? Y en esa duda, con esa confusión, se irá hacia la puerta seguro, dará aquel portazo que resonaba en las bóvedas del templo y echará la llave yéndose por el Boquete refunfuñando de la mala idea de quien arrancara el cordel que le sirvió para llamar a meditación a los fieles y recordar a todos el espíritu de la eternidad, con aquella resonancia que él le daba y conocía todo el mundo, porque las campanas, como todo, suenan según quién las maneja y el toque da la medida del campanero, como los trajes de hechura sastre, que no son como los de bazar iguales para todo el mundo y para todas las ocasiones. O el buen vino que tiene su paladar / su momento en la comida según los platos.

Gregorio, enfurruñado con el sonsonete de las campanas se olvida del camino y al llegar a la esquina de Doña Flor, da un traspies y echa un trisco, no contra el piso, sino contra el campanario y el descuido de que se pase el cordel y se rompa o se lo lleven. ¿Quién habrá sido el que haya arrancado el cordel de las campanas?

Ya viene San Martín

Como alcazareño he participado en las matanzas caseras de los cerdos y en sus múltiples faenas y celebraciones. Y, como decía Juan el Pollo que era uno de los que filosofaban en la Cruz Verde; pensándolo un poco no creáis que no era para morderse, que estaba el animal tan tranquilo y, de pronto, se abría la puerta, le levantaban, le echaban mano a una oreja y le clavaban el gancho contra la quijada tirando de él hacia la mesa entre toda la patulea.

La cuadra del gorrino casero era siempre un lugar tranquilo y silencioso, solamente alterado por los gruñidos del animal y sus avances sobre la puerta si se descuidaban en llevarle la comida. Fuera de eso solía dormir apaciblemente, con espaciados y leves ronquidos de protesta si le molestaba algún ratón o las moscas en el verano.

Hecho el animal a no ser visitado más que para darle de comer o agua a sus horas, es indudable que le extrañaría el trajinillo de los días próximos a la matanza: el cocido de la cebolla, el machaqueo de ajos y especias y su olor penetrante difundido por el ambiente desde la cocina del corral, así como el fregoteo de lebrillos, cubos, calderas y sartenes. Su escama era perceptible por los muchos ratos que se le veía de pie y escuchando, contra su costumbre de estar tendido y durmiendo o todo lo más regruñendo levemente si percibía la proximidad de algo que pudiera molestarle.

En las casas de los gañanes como la mía, se tomaba la mañana para hacer la matanza. Y para cualquier otra faena de empuje, porque todo gañán sabe que el apretón de por la mañana es el que sirve, el que hace la jornada, y lo demás del día es para completar.

Gustaba el gañán de hacer esa faena entre candiles, antes de pintar el día, que era su hora de levantarse y ese día con menos pereza por echar una buena lumbre para calentar el agua mientras se colocaban las cosas a mano de donde se fueran a necesitar.

Qué zozobra y hasta retemblor en los chicos levantados con todo el frío, entre curiosos y asustados, por la inquietud que reinaba en la casa y por el requerimiento de los grandes para tirar del gancho una vez en la mesa el pobre animal.

Todos alrededor de la lumbre esperando que se caliente el agua y que vayan llegando el matachín y la morcillera, para lo que se les dejaba la portada entornada. Su entrada era siempre escalofriante para los chicos que se agitaban de un lado para otro frotándose las manos de temor más que de alegría aunque se reían.

Tomado el aguardiente por el matador, echaba mano del gancho y se dirigía a la puerta de la gorrinera esperando cautelosamente que saliera el animal, sobre todo si había más de uno y podía revolverse el tiro.

Una vez atrapado y sujeto en la mesa se efectuaba el degüello y empezaba a declinar la emoción con los últimos ronquidos del organismo exangüe. Todo había terminado.

Al levantar las cabezas alboreaba el día con la densa niebla de los días de la Pacua o la fuerte escarcha que tenía el corral como nevado convirtiéndose en hielo el agua que corría por entre los cantos.

Había acabado el espectáculo y entraba en funciones, silenciosa y dispuesta, la reina del hogar que, como Dios, tenía que proveer a las necesidades de la casa durante todo el año, guardando cuando había, reponiendo cuando se podía, conservando siempre y no derrochando jamás.

Las mujeres aquellas —¡que mujeres!— decían que la matanza era el arreglo de la casa y lo decían porque el tenerla abastecida era su fin, sin pensar siquiera en el trabajo que les suponía estar todo el año detrás del gorrino, que no se compraba fácilmente ni se le engordaba tampoco.

Ahora se detestan esas costumbres que eran recurso extraordinario para satisfacer las necesidades familiares. Las mujeres repudian las obligaciones domésticas y como se han subido las sayas tanto, si hicieran lo que sus abuelas se mancharían todo, por eso se han puesto los pantalones, aunque hasta ahora no les sirvan más que para caminar con poco aire

San Martín, que es el día que le llega a todo cochino, puede que haya desaparecido como otros santos patronos, pero es que si no, habrá dejado de ser recordado como fecha la más propia para pasar los cerdos a la despensa y las gentes se divertirán mucho, pero no podrán decir que comen igual ni de lo mismo que antes.

S u c e d i d o

Estando de maestro en la Alameda un chico de Paco el de la botica fue su hermano a visitarle.

Estos chicos han salido muy a la casta de su padre y no andan mal de pachorra y en la Alameda no se ha perdido tampoco la buena costumbre de hacer partícipes a los maestros de los acontecimientos familiares, que para eso bregan con las criaturas y ese día le llevaron un presente y convidó a su hermano a cenar para que lo probara, pero Paco, con aquella santa crisma, preguntó si estaría analizado y Adolfo, con idéntica cachaza, le dijo:

—No sé, pero tú come, que aquí la costumbre es traérselo al maestro y si no se muere es que está bueno.

— Esto lo oyó Ariel, que tampoco niega la pinta, y sale a todos los amenes.

CARTAS SON CARTAS

Poco a poco, los carteros, como los médicos y otros servicios considerados ineludibles e inaplazables, van a ser tan puntuales para descansar como los albañiles, que fueron siempre los que iban con el toque del fraile y, a la primera campanada, tiraban lo que tenían entre manos para no entretenerse, es decir, para no robarle ni un segundo al descanso.

La correspondencia, la sagrada correspondencia, que solo dejaba de repartirse el viernes Santo, permanece ahora amontonada en las mesas de las administraciones todos los domingos y muchos días del año sin mucho precepto.

Para ello se empieza por cerrar el comercio, que es el que recibe más cartas de interés y los demás que se arreglen como puedan.

Con los enfermos se hace lo mismo, se empieza por almacenarlos para que no se oigan las quejas por la calle y el lunes será otro día.

¿Serán las máquinas las que tengan que cubrir esa necesidad? El juicio clínico lo formarán las computadoras y de acuerdo con él dirá el tratamiento que el paciente se aplicará por sí mismo metiendo el brazo en el lugar de las inyecciones.

El reparto de las cartas se mecanizará, como la recogida de basuras y se distribuirán a horas convenientes para el servicio, no para los recepcionistas, como para la basura y sin alma, es decir, sin pensar si llega bien o si llega mal o el perjuicio que pueda causar. Si sale con barbas San Antón y si no...

Todo ello descansa en una base materialista y bárbara que ignora la delicadeza, el respeto mutuo, la caridad y la tranquilidad de cuerpo y de alma.

No sólo es importante la carta que comunica el plazo perentorio de un pago o la llegada de un producto que se alterará de no retirarlo. Hay muchos factores morales, de más importancia que las letras de cambio que se satisfacen o se neutralizan con la llegada de una carta que, retrasada, originará de seguro conflictos y sufrimientos que la puntualidad evitaría, pero la sociedad ésta que lleva trazas de perder las entrañas como la sociedad anónima, no parece que lo sienta.

El hombre, médico, cartero, sacerdote, se muestra muy ufano con los cambios y satisfecho del trabajo limitado y cronometrado, que implica precisamente su despersonalización, porque lo que le daba realce, acatamiento y admiración era ese sacrificio libremente aceptado y cumplido sin vacilación ni réplica, de estar dispuesto a todas horas y en cualquier día a tratar de remediar la necesidad del prójimo, porque si la oveja cayere al foso no dejarás de ampararla por ser domingo y primero es la obligación que la devoción y no digamos que muchísimo antes que la diversión.

Cualquiera que cumple un servicio por entre las multitudes ociosas se ennoblece, no se envilece y más o menos todos le rinden pleitesía, pues quiérase o no es una persona diferente que se mueve no solamente por

el pan sino por unos principios de confraternización y solidaridad humana que en otras ocupaciones, precisamente por el deleznable o reparable o insensible de sus fines, no se llega a sentir ni agradecer en la misma proporción y medida.

Por eso el médico y lo mismo el cartero o el sacerdote, están viendo tan cambiada su personalidad y tan venida a menos su consideración y su respeto, que si los antiguos levantarán la cabeza no aceptarían la comparación. ¿Cómo sería posible?

¿Cómo se va a comparar el anhelo con que se esperaba al médico, asomándose a la puerta mil veces, hasta que se le vea por la esquina, sin atreverse a hacer nada hasta que hiciera la visita a que se presente como el cobrador de la luz, sin esperar lo nadie ni saber quién es?

¿Cómo va a ser lo mismo que pasa el cartero o no para aquella madre o aquella moza que, sin poder aguantarse, esperan en la puerta o en la ventana la noticia del ausente que las tranquiliza y conforta?

El Señor está en todas partes. Cierto. La Iglesia está donde esté el sacerdote, pero ¿no implicará cierto grado de decepción o abuso de confianza el metérselo en el bolsillo y salir de marcha pudiendo estar o no estar o ir a un sitio o a otro, confundido por la lana con el resto del rebaño por un propósito de igualdad inalcanzable, porque el pastor podrá ponerse la zamarra pero lo que no podrá hacer es convertirse en carnero sin dejar de ser pastor, por eso tanto el uno como el otro, sacerdote y médico, les es inconveniente e impropio confundirse en la polvareda del camino, hechos como están para ir guiando y tratar de evitar descarríos, que es su misión.

Ni el médico ni el sacerdote pueden ser personas como las demás porque tienen una obligación moral que supera el deber profesional y han supuesto siempre un factor tutelar en la vida familiar, factor en trance de extinción, desgraciadamente para todos, porque su existencia es incompatible con los calendarios, con los relojes y con las atenciones deportivas, ya que las dolencias y la muerte no tienen días ni horas ni distracciones ni es probable que se cambie jamás la reglamentación que tienen bien dispuesta y siempre quedará el remordimiento de conciencia del deber incumplido, tal vez no sancionable, pero efectivo para aquel que adquirió ese compromiso al investirse, aunque los demás no lo comprendan.

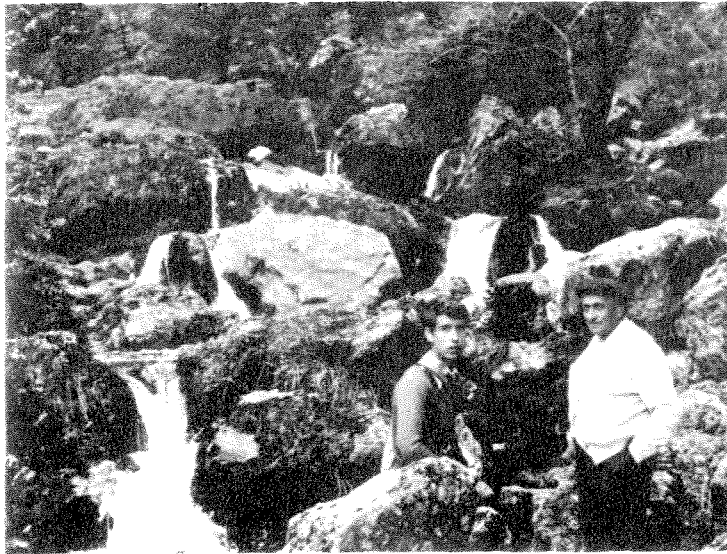
Sucedido

Un chico de la Zoa estaba aprendiendo a tocar el violín y como a todos los aprendicillos, le gustaba tocar piezas más que estudiar.

Una vieja sirvienta de las que estuvieron en la posada le oía entusiasmada y sin poder contenerse le dice:

— ¡Anda! que cuando te andes en violón...

Información complementaria



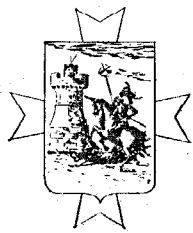
Las aguas, diseminadas apenas caídas, van labrando por entre las rocas el cauce del río Mundo en este singular rincón de la sierra de Alcaráz.

Por falta de espacio se dejaron de incluir, entre las notas dedicadas al nacimiento del río Mundo en el libro anterior, estas dos fotografías que completan la información y cuyos clichés estaban ya preparados en aquella ocasión.

Véase los regateos y caprichos de las aguas erosionando las rocas a partir de la pozanca que tienta irresistiblemente para tomar un baño fresquito. De ella sale el agua mansamente, a su nivel, pero la constancia se labra esa infinidad de corrientes que vieron va los observadores que apreciaron que la gota de agua perfora la roca.



Aspecto agreste de la sierra que sirve de cuna al río Mundo.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1976